

Cecilia Duffau



Xenia

Una luchadora social

EDITORIAL SENDA

Xenia

Una luchadora social

© 2023 Cecilia Duffau
Xenia. Una luchadora social
ceciliaduffau@gmail.com
Montevideo, Uruguay

Diseño de interior y tapa: Cecilia Duffau
Ilustración de tapa: Alejandro Duffau, intervención sobre foto de Nancy Urrutia.

Impreso en Uruguay

ISBN 978-9915--41-546-8

Cecilia Duffau

Xenia

Una luchadora social

EDITORIAL SENDA

En Xenia a todas las mujeres luchadoras
que siendo invisibles buscan la luz.

Una vida plena

Un relato biográfico es algo más que la peripecia de vida de una persona, contada por ella misma o por alguien más. Los seres humanos estamos condicionados por nuestros entornos geográficos, familiares, políticos, de época. Sin esos entornos no se comprenden las razones y el devenir de una historia personal.

Xenia nació en Palma Sola, al norte del Uruguay. Un lugar perdido en la frontera, donde sin dudas su familia y la frontera fueron el telón de fondo de su infancia de niña de familia numerosa.

Luego, Bella Unión, un poco más grande, un poco al sur.

La exuberancia de colores y las melodías de este norte la acompañarán toda su vida. Es en ese paisaje, en sus formas de vida y relación, en las posibilidades menguadas de estudio y trabajo, que se despierta su capacidad de indignarse frente a la injusticia, la desigualdad, la pobreza.

UTAA fundada en 1961 como sindicato de los trabajadores de la caña de azúcar es entonces el centro de la vida política de Bella Unión. Su lucha será pionera y sus marchas a la capital, le darán alcance nacional. Y Xenia, maestra, locutora, reina del carnaval, formará parte de esa gran marea. Terminará siendo militante del MLN-T,

conocerá la cárcel, se fugará, volverá a conocer la cárcel, los interrogatorios, las torturas. La liberará la amnistía. Vivirá a pleno su libertad recuperada.

Esta es la historia de Xenia y de su mano conocemos el país olvidado del norte, las luchas sociales, la militancia clandestina, la cárcel, la vida en el Uruguay posdictadura.

Una vida plena, llena de color y calor, de música, de compromiso, de amor, de dolores: la vida de Xenia Itté, la “Negra”.

María Elia Topolansky

Canto esta noche de estrellas
en que estoy solo, desterrado.
Pero en la tierra no hay nadie
que esté solo si está cantando.

Rafael Alberti

Un comienzo feliz y una tragedia impensada

Palma Sola es un pueblo poco conocido del norteno departamento de Artigas a orillas del arroyo Palma Sola Grande, sus calles son de tierra, y como es habitual tiene una escuela y una comisaría. Omar Itté, el comisario, era el padre de la familia numerosa donde nació Xenia. Martiniana González, la madre, se ocupaba de los nueve hijos y la casa. Xenia tuvo cuatro hermanos antes que ella y cuatro después. En ese hogar se vivía un bullicio constante, Xenia era la más alegre del grupo, siempre inventando juegos y picardías que alborotaban a la familia.

Cuando Xenia mira para atrás hace una observación muy precisa sobre su vida: “Nací y me crie en el norte del país, en Artigas, compartí todos los juegos con los muchos

hermanos que tuve, mujeres y varones, y tuve la suerte de que mis padres fueran muy unidos. Eso me nutrió de una gran fortaleza de espíritu. Esa fortaleza no solo te la da el haberte formado en la Universidad, saber mucha teoría, te la da, sobre todas las cosas, las vivencias que has tenido. Y yo viví a pleno mi infancia y mi juventud”.

En la escuela N° 13 de Palma Sola ella hizo la primaria. Después, el padre fue trasladado a Bella Unión. Mientras conseguían casa para su gran familia, un productor vitivinícola, Juan Bautista Vezoli (el abuelo de Mirtha Fernández con quien la “Negra” Xenia compartiría las mismas andanzas años más tarde), les prestó su casa para que pudieran instalarse. En la ciudad cursaron sus hijos los primeros cuatro años de Secundaria. En el liceo Xenia llegó a ser la más alta y espigada, la más estudiosa, la más amiga de todos, siempre estaba cantando y bailando.

Con el ansia de seguir superándose viajó a Montevideo para hacer en el IAVA los, en esa época, llamados Preparatorios –hoy 5to. y 6to. de bachillerato–. Un tío que era empleado bancario le dio alojamiento en su casa de Ramón Anador y Bernardina Frago de Rivera que en aquella época se llamaba Duilio.

No pudo terminar de cursar. El 2 de junio de 1959 un hermano menor, Hebert, alférez de la Fuerza Aérea, murió en su primer vuelo cuando por un error propio el avión caza que pilotaba cayó sobre una vivienda de la calle Castillos en la esquina de Alfredo García Morales,

en Montevideo. Ante la tragedia, Xenia volvió inmediatamente a Bella Unión.

La corona, la caña y la estrella

Cuando amaneció el año siguiente ya estaba decidida a quedarse. Más tarde decidió estudiar Magisterio, que en su pueblo solo podía hacerse sin cursar, en forma libre. Se juntó con algunas amigas, estudiaban y daban exámenes libres en Artigas o Salto, según donde formaran mesa los docentes que iban desde Montevideo. Cuatro años después se recibió de maestra (una curiosidad: recién en 2001, treinta años después, le entregaron el título).

Más allá de estudiar quería trabajar, no quería ser una carga para sus padres y quería tener su propio dinero. Se presentó entonces en CV 157 Difusora del Norte, fue aceptada y empezó a trabajar enseguida. Al poco tiempo conoció a Raúl Sendic que fue a solicitar un espacio para una audición donde se expresaran los trabajadores de la caña de azúcar organizados en la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA). A Xenia le pareció un tipo misterioso, rodeado de cañeros, vestido con una campera de cuero, y un poco prepotente. Le sorprendió el pedido de aquel hombre, le contestó que debía consultar a la dirección de la radio y agregó que volviera después. Las instrucciones que le dieron fue que debía llevar por escrito y por adelantado lo que dirían en las audiciones. A lo que Sendic, alarmado preguntó:

—¿Usted me las va a censurar?

—Las tengo que leer porque esa es la orden que tengo
—respondió Xenia.

—Muy bien, así que usted me va a censurar las audiciones —insistió él.

—Escuche, no puede hacer ataques personales al comisario, al juez o a las autoridades del pueblo, ¿entiende?

También conoció a Washington Rodríguez (más conocido como Rodríguez Belletti o Belletti a secas) y a Nicolás “Colacho” Esteves, así como a los cañeros Julio Vique, Nelson Santana, Ataliva Castillo, Félix Maidana Bentín entre otros. Con el tiempo pudo comprarse un viejo Ford A con el que, con sus compañeras, entre otras vueltas, empezó a recorrer la vida de los peludos, supieron de la primera huelga y del campamento a orillas del arroyo Itacumbú, de la ocupación del ingenio Cainsa y su primer triunfo obrero y de la primera marcha en camiones de 216 peludos con sus familias al Primero de Mayo de 1962 reclamando la aplicación de la ley de 8 horas para los trabajadores de la caña de azúcar.

Cada nueva persona que conocía a Xenia quedaba prendada de su belleza y simpatía. Charito Estefanell, al igual que Colacho, era de Paysandú. Colacho, estimulado por Sendic, se había trasladado para apoyar la movilización cañera en Bella Unión, y Charito lo visitaba en cuanto podía pues estaban muy enamorados. Una de estas ve-

ces Colacho le pidió que lo acompañara a la radio, donde debía llevar un comunicado y de paso ella aprovechaba a conocer a Xenia. Aquel día de julio de 1963 llovía torrencialmente así que entraron empapados. Llenaron de gotas de agua la sala que era espaciosa y Xenia los recibió extrovertida, hablando fuerte, haciendo gestos amigables, ofreciéndoles toallas para secarse. Colacho y Charito se sentaron en las dos sillas que enfrentaban la suya en un escritorio amplio. Charito, que con 17 años se veía a sí misma mucho menos de lo que en realidad era, quedó tan impresionada con esas demostraciones que se sintió muy poca cosa y quiso salir corriendo.

Ese año Sendic estaba preso en Paysandú –donde vivía con su mujer y sus dos hijos– por medidas prontas de seguridad. Y, meses después, a raíz del robo de armas en el Tiro Suizo, pasó a la clandestinidad. En el norte ya estaba en camino la marcha hacia la capital de febrero del 64 donde los peludos levantaron la consigna “Por la tierra y con Sendic”.

Entusiasmada por sus numerosas amigas y por su propio carácter jovial, Xenia se presentó al certamen de Reina del Carnaval que organizaba la muy pituca Sociedad de Fomento. No está muy claro cuántos años tenía, seguro ya corrían los años 60. En una foto en que está en un escenario rodeada de otras chicas, se ve en su banda de reina la leyenda “Miss Sociedad de Fomento 196...” Increíblemente el último número quedó tapado por el brazo de

una de las chicas que la acompañaban. La elección era un evento importantísimo en el abrasilero norte del país. Chela Hernández, una antigua amiga, cuenta que estaba preciosa con su vestido de brocato y dice que su vecino le contó que cuando volvían de trabajar él y otros muchachos se iban corriendo al carnaval para mirar a Xenia de quien estaban todos embelesados. Nos imaginamos el alboroto y la alegría de sus hermanas y hermanos, de sus padres y amigas cuando fue elegida reina. Esa noche festejaron hasta la madrugada.

Con aquella actitud saludó siempre, mirando a un lado y otro con la mano en alto y una sonrisa, como en aquellos días en que portaba el cetro y la corona. Sentía con fuerza esa virtud de contemplarlo todo identificando el dolor y los problemas de los demás, entonces prodigaba su afecto o buscaba soluciones. A lo largo de su vida las compañeras la vieron como la reina del carnaval, y se lo hacían saber. Se reconocía en esa parodia el gran respeto que se ganó siempre.

Con el tiempo, Xenia se hizo querer por los peludos que le empezaron a pedir que con la cachila hiciera alguna vuelta para ellos. También supo que Sendic se reunía en el monte con ellos y que usaba una lata por plato, que no le hacía asco a la mugre a que lo sometía el trabajo de la caña y que los escuchaba sin hablar demasiado, pero que cuando lo hacía era muy preciso. Xenia supo que para un pueblo apacible la organización de los cañeros iba a

traer complicaciones. Pero igual fue comprometiéndose. También ella empezó a ser vigilada, le seguían los pasos. Cada vez podía hacer menos en Bella Unión.

A principios de 1966, producto de un proceso de agrupamiento de distintos sectores sociales y políticos, nace el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T). Pero a fin de año, el 22 de diciembre, en un involuntario primer enfrentamiento armado es asesinado el primer tupamaro, Carlos Flores. Este hecho provocó un retraimiento de la organización que se propuso un crecimiento lento y seguro por las condiciones de clandestinidad estricta en la que estaban.

Recién en 1968 con el auge de las movilizaciones populares y luego en 1969 con la toma de Pando, y a pesar de su derrota, el MLN tuvo un gran crecimiento.

En febrero de 1970 se recibió de maestra, pero mientras esperaba el título estaba indecisa sobre qué hacer entre las distintas actividades que tenía, al final se decidió cuando Félix Maidana Bentín, por una sugerencia de Sendic, habló con ella para que se integrara al MLN. A la Negra, además, le gustaba el símbolo que tenían los tupamaros: una estrella, una estrella con una T en el medio. Bentín la convenció y se trasladó a Montevideo.

Su hermana Geny (sí, Geny con G, siempre le escribieron mal el nombre), menor que ella, tenía 21 años, y ya vivía en Montevideo; le contó que estaba compartiendo una relación amorosa con Raúl Sendic. Que como compartía

la casa con varias compañeras, decidieron juntos mudarse a otra casa. En enero de ese nuevo año 1970 Geny quedó embarazada. Xenia se alegró de que Raúl fuera su cuñado, pero también quedó preocupada por las condiciones de clandestinidad en que viviría su hermana el embarazo. El 7 de agosto Raúl cayó preso en una casa de Malvín. A los tres días, en otra circunstancia, cayó Geny embarazada de ocho meses. Fue llevada al juzgado y la suerte hizo que se encontrara con Raúl. Pero ella no quiso hablar con él, lo ignoró. Raúl se dio cuenta que ella no quería que la involucraran con él y no insistió. Y ya no se vieron más. El comisario Víctor Castiglioni, sin saber quién era el padre de su hija, no encontró causa para encerrarla y le dijo que la soltaba por su estado de gravidez. Hacía poco Raúl le había recomendado que para el parto se fuera a Paysandú, que hablara con Charito, que seguro la iba a ayudar. Y así fue. Charito y su padre la acompañaron a la partera. Cuando el 20 de octubre sintieron el berrido de Carolina se abrazaron de alegría. Xenia no llegó a conocerla hasta mucho tiempo después. Geny tuvo la suerte de amamantar a Carolina durante cinco meses, pero en marzo volvió a caer y estuvo presa en la cárcel Carlos Nery de la Ciudad Vieja, prevista para que funcionara una escuela de enfermería.

El primer tropezón y la luz al final del túnel

Aquel mismo marzo del 71, el martes 16, Xenia viajaba rumbo a una acción con los compañeros David Cámpora y Rutilio Bentancour en un auto robado. Por una casualidad inesperada, un amigo del dueño del coche lo reconoció en la calle y lo denunció. Los tres fueron detenidos y Xenia fue recluida en la cárcel de Cabildo.

Cuatro meses más tarde, con otras 37 compañeras protagonizó una de las fugas más grandes de presas políticas. El 31 de julio se llevó a cabo la operación Estrella. Por debajo del piso de una de las celdas los compañeros fueron agujereando el cemento hasta lograr un hoyo mínimo necesario para que pasaran los cuerpos de las compañeras, no sin algunas dificultades, pues un par superaba el tamaño medio. Al bajar a la cloaca, los compañeros les entregaron una pequeña linterna, recorrieron un par de esos túneles hasta llegar a un local donde se pusieron ropa y zapatos limpios. Para salir se organizaron en tres grupos: el primero fue el de las compañeras que tenían penas más largas; el segundo estaba integrado con el resto de las compañeras del MLN-T, entre ellas había dos compañeras –Xenia y Esther “Nená” Uribasterra– consideradas suficientemente fogueadas como para resolver un imprevisto, para lo cual habían recibido armas, calculaban que si en ese momento entraba una guardia podrían retenerla con ese argumento inesperado; el tercer grupo era de

compañeras de la Fuerza Revolucionaria de los Trabajadores (FRT) y de la Organización Popular Revolucionaria (OPR-33). La última en entrar en el agujero fue María Elia Topolansky que vio cómo un enjambre de luciérnagas fugaba en la oscuridad. Xenia se refugió por un tiempo en una fábrica de productos de limpieza del barrio Colón.

Un mes y pocos días después se fugaron de la Cárcel de Punta Carretas 111 presos, 106 tupamaros –entre ellos Sendic– y 5 presos sociales, conocidos como “gambusas”, que colaboraron con la fuga.

Xenia, como tantas compañeras y compañeros, debió hacer documentos falsos. Una compañera –con quien poco después compartiría el Fusna– se encontró con ella para resolver ese asunto. Para sacar la foto trajo una peluca que había comprado su hermana. Cuando Xenia vio la peluca con que tenía que fotografiarse pegó un grito: “¡Ay, pero qué hermosa!”. Por fin tendría rulos, se miró al espejo y su sonrisa se dibujó de oreja a oreja. Enseguida pasó a militar en la columna 21 que operaba en la zona de Maldonado, Lavalleja, Cerro Largo, Treinta y Tres y Rocha. Mujeres y hombres del MLN-T que se habían fugado de las cárceles se refugiaban en el interior del país.

Xenia estaba enamorada, pero la realidad que estaba viviendo se interponía entre ambos permanentemente y al final la historia no pudo ser.

En enero del 72 murió su padre, entonces la madre y Albita se fueron a Durazno donde vivía Sonia. Pusieron

en venta la casa de Bella Unión y mientras tanto alquilaron una, cerca de la hija mayor que estaba casada con un escribano.

A fines de diciembre de ese año una de las bases en la que operaba Xenia fue descubierta accidentalmente por un peón de la zona. El grupo de tupamaros no supo qué hacer con el peón, se manejaron varias hipótesis, si sacarlo del país, si mantenerlo escondido o si ejecutarlo. Xenia, como otros compañeros, no estaba de acuerdo con este último procedimiento.

Al final del verano Xenia supo que su hermano Edgar, el “Bocha”, también había caído preso.

El 14 de abril de 1972 fue una fecha trascendente, ese día se inicia la definitiva derrota del MLN. Son asesinados ocho tupamaros. Ya lo había pensado, un poco por arriba pero ahora le cayó la ficha, Xenia pensó de frente en la muerte. Todos estaban dispuestos a dar su vida por la revolución, por el mundo mejor que se estaba tocando con las manos, que estaba por darse a luz, ¿qué madre no soporta los dolores de parto?, ¿qué importa una, dos, cien vidas si logramos triunfar? Se miró en el espejo y su mirada se perdió en el pensamiento, dejó de verse para sentir aquel llamado superior, escuchaba en su cabeza voces de compañeras y compañeros que ponían sobre la mesa sus vidas para lograr aquella “patria para todos” con la que soñaban. Querer morir no quería, pero si le tocaba, –pensó– le gustaría morir cantando. Llamaron a la puerta.

El amor sin tiempo y un corte abrupto

El peludo Bentín fue a verla y le dijo:

—El Bebe te manda esta navaja que rescató de un operativo hace tiempo y quiere que vayas a militar con él.

Ella pensó que era para moverse en la calle con una mujer, pues sus movimientos serían menos sospechosos, pero cuando llegó a Montevideo esa tarea la hacía otra compañera, que estaba embarazada y su panza distraía las miradas hacia otras conjeturas. Las intenciones parecían ser otras. Xenia había probado ser una mujer sólida, se conocían desde hacía diez años y Raúl confiaba en ella.

—Está bien, decíle a Raúl que voy —le respondió.

Se hicieron los arreglos para su traslado, dejó la Columna 21 y se encontró poco tiempo después con Raúl. Hacía de todo, no daba abasto. Lo único que le molestaba un poco era cómo la miraba Raúl. Pensaba “me está buscando, pero no le voy a dar bolilla”. Días después él empezó a proponerle una relación más íntima, Xenia pensaba en Geny y miraba para otro lado, se negaba a responder los lances. Él insistía, le hablaba de lo que le gustaba, de que lo de Geny ya estaba en el pasado, y adornaba su discurso amoroso con hermosas palabras. Pensaba “no es como otros dirigentes, nunca está en pose, yo no soy nadie y sin embargo siempre me pregunta qué opino...” La

Negra sintió primero que el estómago le dio un vuelco. Y poco después cómo el volcán erupcionó y comenzó a lanzar lava hirviendo por la ladera de su cuerpo. Empezaron a vivir en pareja.

Tras los hechos de aquel aciago viernes de abril y la sucesión de caídas en Montevideo la organización había resuelto que lo mejor era irse al interior y ocultarse en los montes. Henry Engler recuerda claramente cómo, junto con Xenia y Raúl, comenzaron a moverse para conseguir refugios fuera de Montevideo para los compañeros que pasaban sin solución de continuidad a la clandestinidad. Mientras iban resolviendo, Xenia y Raúl se refugiaron en una casa próxima a la Ruta 8 donde vivía el compañero Eleazar Álvarez, conocido como “Juan”. El 30 de agosto de 1972 Juan no llegó a la casa a las 19 como habían acordado, así que decidieron abandonar el lugar inmediatamente, metieron algo de ropa en un par de bolsos y se fueron. Era pleno invierno, ya se había instalado la noche, el frío era intenso y llovía a cántaros. Caminaron empapados toda la noche entre chacras y por caminos poco transitados hasta llegar a la playa, que pensaron sería Solymar. Durmieron un rato, muy alertas, y al amanecer emprendieron la marcha hacia Montevideo cruzando a pie el arroyo Carrasco. Se pusieron ropa seca de la que traían en los bolsos y se tomaron un ómnibus para el Centro.

Eleazar no estaba clandestino, por lo que había ido a Montevideo a comprar lo imprescindible para que los

compañeros pudieran acampar en los montes. Además aprovecharía para pagar en el banco el alquiler del local de la calle Sarandí, que habían alquilado para, supuestamente, vender artículos de plástico. Antes de dar esas vueltas, Juan pasó por la casa de Teresa Nieves, porque ella tenía algo para Xenia. Recogió unos zapatos rojos y se marchó enseguida. Cuando estaba por entrar al banco, un muchacho de Nuevo Berlín, que patrullaba la zona con otro soldado, lo reconoció por ser del mismo pueblo, y como sabía que en algo raro andaba, decidieron esperarlo a la salida y lo detuvieron. En su bolsillo encontraron el recibo de alquiler que acababa de pagar.

Antes de llegar al local, Xenia llamó por teléfono a Teresa y le preguntó si sabía algo de Juan.

—Estuvo por acá y le di el par de zapatos que te dije.

—Ah, qué raro, tenía que encontrarme con él pero no apareció.

—¿Por qué no te venís a casa que “acabamos de hacer tortas fritas” —preguntó Teresa mediante la contraseña acordada.

—Es que no estoy sola —confesó Xenia.

—No importa, venite con el viejo.

A Raúl no le pareció segura la propuesta y prefirió instalarse en el local de Sarandí. Xenia pensó “ahora seguro caemos”, pero le dijo a Teresa:

—No te preocupes, vamos a hacer otra cosa.

—Bueno, pero llamame más tarde porque Juan va a volver a llamar, ya me dijo.

Teresa esperó la llamada de Juan durante horas y horas, pero aquella no llegó, así que tuvo que dejar encargadas a sus hijas que la recibieran y enseguida que hablaran con Juan la llamaran al Clínicas donde ella trabajaba de enfermera.

Mecha López, hija menor de Teresa, sabe que su madre, igual que la tía Salomé, eran simpatizantes del MLN y daban refugio en sus casas a tupamaras y tupamaros que estaban clandestinos, la tía vivía en la calle Salustio en el barrio Maroñas y ellas en Santiago Gadea y Las Heras cerquita del Clínicas. A Xenia, la Negrita para ellas, la conocían porque muchas veces había estado en la casa. Siempre tenían que cambiarle el aspecto, eso las divertía, y recuerda cómo la Negrita se ponía de contenta cuando ellas, como muy consustanciadas con su papel, le hacían masajes, la maquillaban o le hacían rulos atándole pequeños mechones con trozos de papel o le ponían una peluca o la disfrazaban con distintos atuendos antes de salir a la calle, les gustaba ponerle distintos tipos de lentes. En una ocasión Mecha debió acompañarla, salieron juntas a la calle, fueron del brazo hasta la parada y se tomaron el 185. Xenia iba con unos lentes –qué loco– sin cristales, pero lo disimulaba con los mechones de rulos que le caían encima. Entre los pasajeros la Negra reconoció a un tira. El tipo la miraba sin cesar, sospechaba de ella. Cambian de lugar, se van para el fondo y se acercan a la puerta. La Negra mete la mano en el bolsillo donde portaba el arma.

Mecha se asustó. De pronto se baja una gurisa que iba al liceo, la vereda del Dámaso estaba llena de estudiantes, entonces Xenia agarra del brazo a Mecha, se bajan de golpe y corren. Miran para atrás y ¡qué alivio!, el tipo no las sigue. Anita y Mecha estaban prendadas de su valentía y de su belleza, Mecha rememora “era tremendamente hermosa, coqueta y divertida”.

También recuerda patente cómo vivieron aquel jueves cuando ella con 14 años y su hermana con 15, tenían que recibir la preocupante llamada que esperaba su madre. El tal Juan había quedado en llamar y confirmar si “había caramelos Zabala” (tiempo después supo que la pregunta aludía a un contacto que se realizaría en la Plaza Zabala). Sonó el timbre del teléfono color marfil que estaba sobre la mesita y Mecha, apresurándose, levantó el tubo y escuchó clarito:

—Hola, ¿quién habla ahí? —la llamada se cortó de golpe.

—¡Hola, hola...! Hola... —se dio vuelta y le dijo preocupada a Ana— Cortaron. Vamos a llamar a mamá.

Nunca nombró los caramelos Zabala. Nunca mencionó algo parecido. Las hermanas se preocuparon, y aunque la madre ya estaba por salir del Clínicas, la llamaron porque el que llamó no dijo lo previsto. Teresa supo entonces que Juan había caído, pero la Negrita no volvió a llamar.

Tomaron un café en un bar que estaba vacío, cerca del Hospital Maciel, después fueron para el local de Sarandí,

primero entró Xenia mientras Raúl observaba desde la esquina la señal de aprobación, la señal dijo “está todo bien”. Estaban muy cansados, se acostaron y durmieron varias horas. A la tarde Raúl salió a dar unas vueltas intentando hacer contactos con compañeros del interior, cuestión que no logró y volvió. Al rato cayó Jorge Ramada, que hacía varios días dormía a la intemperie, había pasado bajo lluvia la noche anterior y aquel frío cruel de agosto se hacía insoportable. Así que decidió, ante la noche cruda que se avecinaba, dormir en Sarandí sin saber que ya estaban ahí el Bebe y su compañera.

El local era pequeño, tenía una sola habitación dividida por un tabique de madera, en el que había una biblioteca, y como toda respiración una banderola que daba a la azotea. Al frente una cortina metálica cerraba puerta y ventana del salón comercial. Ramada durmió en un sofá en la parte delantera, Xenia y Raúl en una cama detrás del tabique. El lugar era húmedo y frío, tenía cortinas metálicas que daban a Sarandí y una puerta lateral que daba a un patio de entrada a otras viviendas. Los tres durmieron vestidos.

Estando esposado, Eleazar no pudo deshacerse del recibo de alquiler que tenía en el fondo de uno de sus bolsillos, y se lo encontraron. Fue interrogado y torturado bestialmente por los militares. Resulta que al ser la Ciudad Vieja jurisdicción de la armada, debieron entregarlo al Fusna. Eleazar creía que el local de Sarandí estaba vacío

y los fusileros no sospechaban ni lo más mínimo a quién encontrarían allí.

El hecho de que Xenia estuviera en pareja con Raúl Sendic la había llevado a las primeras páginas de la prensa. Y muchas veces debió contar su caída:

“Habían pasado unos minutos después de medianoche, cuando sentimos que golpeaban violentamente la cortina de la puerta. Adentro estábamos Raúl, Jorge Ramada y yo. De afuera nos gritaron que eran las Fuerzas Conjuntas. Nos levantamos de un saque porque teníamos claro que íbamos a resistir y Raúl ya me había dicho muchas veces que no se iba a entregar vivo.

Obviamente estábamos en inferioridad de condiciones y además no veíamos para afuera porque el local tenía una persiana metálica que estaba baja, y por el costado había un corredor largo que daba a otras casas. Yo primero no encontraba mis zapatos, después atiné a ponerme un pañuelo en el cuello. Ahí, en el corredor, comenzó el tiroteo. Raúl empezó a disparar con una pistola. Los tres estábamos armados y nosotros también empezamos a disparar. Desde afuera con un megáfono los milicos nos gritaban que nos entregáramos. Al rato a Jorge y a mí se nos terminaron las balas, entonces Raúl entendió que no podíamos seguir resistiendo y nos dijo que íbamos a salir de a uno.

Se hizo un silencio. Raúl gritó que iban a salir dos compañeros y pidió que nos respetaran la vida. Ellos dudaron unos segundos, después se comprometieron a respetarnos

la vida. Y volvieron a gritar que empezáramos a salir.

Ellos no sabían quiénes estaban adentro y nosotros no sabíamos quiénes estaban afuera.

Gritaron que saliéramos con las manos en alto. Ramada salió y Raúl volvió a gritarles que le respetaran la vida. Se hizo un silencio total. No sabíamos qué estaba pasando afuera.

Al rato volvieron a hablar por megáfono, pidiendo que saliera el siguiente. Raúl, gritando, les dijo que era una mujer y volvió a pedir respeto por mi vida. Le di un beso en la frente y salí con las manos en alto. Recuerdo que caminé por aquel corredor lentamente. El tiempo se me hizo eterno. Cuando llegué a la puerta de calle, me encandiló una luz muy fuerte, entonces me agarraron del pelo, me sacudieron y me dieron unas cuantas trompadas mientras me gritaban que me pusiera contra la pared. Al mismo tiempo me preguntaban quién era yo, cuál era mi nombre. De pronto vi que unos pasos más lejos Jorge estaba boca abajo con una bota arriba. Los milicos vuelven a gritar que salga el siguiente. Mientras estaba con las manos contra la pared siento el grito de Raúl: 'Voy a seguir peleando, todavía me quedan unos tiritos'.

Yo pensé, quiere que lo maten. A mí se me caen las lágrimas. Oigo otra balacera. Siento que corren. De pronto silencio otra vez. Escucho que arrastran algo, trato de mirar y veo a dos marinos que arrastran a Raúl y lo tiran boca abajo en medio de un charco de sangre. Creí que

estaba muerto. Me esposan con las manos en la espalda y a punta de bayoneta me hacen volver al local. Voy como escudo, creen que hay más gente. Me sientan en la cama y empiezan a disparar a todos los bultos que encuentran. No podían creer que solo tuviéramos tres armas cortas”.

Tampoco esperaban que Sendic se encontrara ahí pues el operativo lo dirigía apenas un alférez –Julio Álvarez– y no el comandante.

Una pesadilla vivida despierta

Se la llevaron vendada. Hicieron un trayecto corto y ella calculó que estaba en la Marina. La interrogaron, la torturaron cruelmente, siempre vendada. Se sentía aturdida, ¿lo habrán matado? Días y días en la máquina. Querían hacerle creer que sabían todo sobre ella. Un día el que la interrogaba le dice: “¿Así que te gustan los zapatitos rojos?” Le dieron la pauta, cayó Juan, pensó. Poco después en uno de los eternos plantones a que la tenían sometida, vio por debajo de la venda los pies descalzos y ensangrentados de Eleazar, le reconoció los pantalones.

Supo que estaba en el Fusna. La llevaron a la enfermería y aprovechó a preguntarle al enfermero, que la había tratado bien, si sabía algo de Raúl. El hombre le contó que un soldado que había subido al techo del local de Sarandí le había disparado de atrás desde una banderola, la bala

le había entrado en el maxilar. Y el hombre le dijo que se había salvado porque cayó boca abajo. Ella respiró.

Entre plantón y plantón la interrogaba el oficial Viacava que se protegía detrás de focos enormes que la encenguecían. Después la encerraron en una celda revestida de azulejos blancos, que tenía por ventilación tan solo once agujeritos redondos en la puerta. Al baño solo la sacaban una vez en la mañana y otra en la tarde.

Al mes, en octubre, la sacan del Fusna. Vendada la suben en un vehículo. Se da cuenta que salen de Montevideo porque van siempre por la misma ruta. Andan como una hora o más. Llegan y escucha que se saludan con un guardia, abren una barrera y el vehículo entra, supone que a un cuartel. La meten en un calabozo. Empiezan a torturarla, le aplican picana eléctrica en los oídos. Supo que estaba en Minas, en la Región Militar. La interrogaron sobre hechos que ocurrieron cuando ella militaba en la columna de la zona. Se negó a responder, la siguieron torturando y perdió el conocimiento. La dejaron tirada en un calabozo, no se podía mover, no podía ni ir al baño, los milicos tenían que llevarla. Un día ellos resolvieron que estaba recuperada. Cuando veinte días después la devolvieron al Fusna, no había recuperado el centro nervioso que le mantenía la mandíbula caída, no podía cerrar la boca ni masticar. La recibió el comandante Moller que se jactaba de que el trato de los “yerbas” y el de Fusileros no era el mismo. Le miraba las heridas que le había dejado la

picana en las muñecas y la impelía para que le contara qué le habían hecho. Ella se limitó a responderle: “Ustedes, los milicos son todo lo mismo, lo mismo, lo mismo. ¿Me vas a decir que no sabían lo que me iban a hacer cuando me mandaron allá para que me hicieran todo esto?”. Siempre tuteó a los milicos, quizá por la falta de respeto que le infundían, quizá por la proximidad de tener un padre comisario.

A partir de ese día estuvo cinco meses incomunicada.

Una vez le dieron una brevísima visita con Raúl, lo habían operado y tenía toda la boca alambrada, no se le entendía lo que hablaba. Raúl le dijo que le había pedido a su hermana Alba que la visitara. Sabía que sus padres y sus hermanos, los que no estaban presos, estaban en el interior. Estando en el Fusna solo recibió dos cartas de Raúl. Un día le llegó este poema que le había escrito Raúl y al que después Ricardo Collazo le puso música y la cantaba a voz en cuello en las noches del penal de Libertad:

Fue el día que abrieron
los crueles cerrojos
tan lacio, tan negro tu pelo
tan linda tu cara
y oscuros tus ojos
que te vi tan tierna
pálida y sufriente
que ahora por siempre
me quedó el recuerdo

un recuerdo terco
tan dulce y doliente
como el beso tuyo
que quedó en mi frente.
Contando los días
como siglos tardos
añoro el minuto
de la muerte cruenta
no es la misma muerte
que pasó de largo
no amor, esta es otra
más cruel y más lenta.
Que ahora por siempre
me quedó el recuerdo
un recuerdo terco
tan dulce y doliente
como el beso tuyo
que quedó en mi frente.

A Raúl lo llevaron al hospital militar por una segunda operación –que nunca le hicieron– y ahí el Ejército se lo robó a la Marina.

En febrero del 73 pasan a Xenia al celdario donde ya había unas catorce compañeras. A los pocos días la sacan vendada del Fusna y la suben a un vehículo, pero esta vez hacen un trayecto mucho más corto que cuando la lleva-

ron a Minas. Llegó a la Región Militar N°1. Durante diez días se repitieron los interrogatorios siempre queriendo averiguar cosas que ella no sabía. Y si hubiera sabido era lo mismo, no iba a decir nada.

En el Fusna solo había presos y presas que habían sido detenidos por la Marina. El encarcelamiento constaba de dos celdas grandes, que tenían unos 10 por 5 metros, unidas por un corredor al que daban los baños; en el medio de ambos estaba la reja a través de la cual vigilaba la guardia de turno. Una celda se usaba como dormitorio y la otra se usaba para todo lo demás, comidas, manualidades, lecturas. Las luces, en las dos, estaban prendidas permanentemente, lo que dificultaba el sueño de muchas de las compañeras.

Las requisas eran una constante, casi siempre en la noche, algunas veces también en el día. Si había una alerta –que los guardias llamaban zafarrancho– entraban a los gritos, siempre gritaban ¡atención!, y hacían parar a las presas sobre una línea blanca que habían pintado en la celda a todo lo largo, todas con las manos atrás. La idea era que vivieran aterrorizadas, que no descansaran jamás. A veces llegaban los oficiales y se paseaban lenta e inquisidoramente las miraban, infundiendo miedo. Mientras otros marinos, por detrás de la línea y de ellas, tiraban todo, mezclaban lo que tuvieran a mano, comida con materiales de trabajo, para que se echaran a perder o estropeaban los tejidos, rompían las fotos familiares y se llevaban las pocas cosas que tenían. La guardia se dirigía

a cada una de ellas por un número. No tenían uniforme como en los penales.

Las presas, cuando por alguna razón eran trasladadas de un lugar a otro, debían hacerlo con los ojos vendados. Y en esos casos los marinos usaban capuchas. También, y no fallaba nunca, debían hacerlo en las visitas. La familia tenía que ver a esa guardia armada y encapuchada a espaldas de su hija o hermana, y a ellas mismas vendadas hasta que a un oficial se le ocurriera dar la orden de que podían sacársela. La angustia que provocaba en la familia era indescriptible, y la tortura se expandía, como cuando la piedra que cae en el agua produce círculos concéntricos.

En una ocasión, en un traslado interno, a Xenia se le movió la venda de los ojos y vio de refilón un cartel que decía “No dé nombres, no dé grados, el enemigo escucha”.

Durante los seis años que permanecieron estas presas en el Fusna, vivieron sin interrupciones los gritos de dolor y desesperación de los compañeros torturados. Las mujeres pretendían mitigarlo, Xenia era la primera en ponerse a cantar, la seguían las compañeras, pero la voz potente de la Negra resaltaba y se expandía por los oscuros pasillos y los siniestros calabozos del piso de abajo “...La vida es bella ya verás,/ como a pesar de los pesares,/ tendrás amigos, tendrás amor,/ tendrás amigos.../”. *Palabras para Julia* era una de las canciones elegidas para que sintieran que ellos no estaban solos. Otras veces, más retadoras salían las estrofas de *Los dos gallos*: “...Se miraron en la arena/

los dos gallos frente a frente/ se miraron en la arena/ los dos gallos frente a frente/ el gallo negro era grande/ pero el rojo era valiente/...” Cantaban para los compañeros, pero también para ellas, sentir los gritos todo el tiempo también era una tortura cotidiana, como la tortura china de la gota que cae sin interrupción hora tras hora, día tras día, año tras año.

Fueran las condiciones que fueran, Xenia se arreglaba lo mejor que podía para las visitas, aunque apenas la vieran detrás del doble tejido que tenían las ventanitas de 40 por 40 centímetros por donde se miraban presas y familiares. La Negra tenía un método fantástico para pintarse los ojos, que era usado por muchas mujeres humildes de campaña, se pintaba con un corcho tiznado o un fósforo apagado. En la visita de aquel día, Alba Sendic le contó que Geny, que había salido en libertad en febrero del 73, había optado por salir del país y partió a Chile donde gobernaba Salvador Allende, y a donde habían ido a refugiarse centenares de tupamaros. La Negra quedó tranquila cuando Alba le contó que ella misma fue quien viajó a Santiago para llevarle a Geny su hija Carolina, que había quedado todo ese tiempo al cuidado de la abuela Blanca Núñez. Eso le dio un gran alivio porque temblaba en silencio por la suerte de su hermana y su sobrina.

Cuando está en la mala, el ser humano se rescata de mil maneras. Muchas veces Xenia le decía a Brenda Rove-

tta, “gurisa, vamos a ver el mar” y caminaban a lo largo de la línea blanca para mirar un cachito de mar y cielo a través de las ventanas que daban a la bahía. Pero los marinos no soportaron que las reclusas pudieran mirar a través de aquellos vidrios mugrientos y terminaron cerrando definitivamente las ventanas y pintando los vidrios.

Brenda también cuenta: “Los fusileros recibieron una visita de militares yanquis que participaban en ejercicios conjuntos, en ese momento nos hicieron tirar al piso boca abajo, entonces la Negra con el cachete pegado al hormigón me dice ‘si nos hacen esto, es porque algo bueno está pasando’. Siempre, en los peores momentos, buscaba el lado positivo, siempre infundía tranquilidad. Al otro día nos dieron guiso, parece que los visitantes nos encontraron demasiado flacas”.

“Cada vez, y era cada día, que ocurría una situación inesperada –continúa su relato Brenda– la Negra tenía una salida optimista, en una ocasión en que nos tiraron y rompieron todo ella salió diciendo: ‘Pero no pasa nada, gurisas, miren lo que tengo acá’, nos llamó la atención y nos mostró unas diminutas hojitas que crecían en la ranura de una pared. Nadie se acuerda de dónde después sacó tierra, pero las hojitas, regadas gota a gota, fueron creciendo y pasó a ser una plantita en una maceta improvisada. Mientras tejía una boina mirando la plantita, vi cómo, con orgullo, le hizo una guiñada a Susana Roel y le dijo ‘la vida puede más, compañera.’”

A fines de 1973 hubo una caída de integrantes del MLN y de estudiantes de Química que los llevaron al Fusna. Entre ellos una mujer, Ana Monestier, que estaba embarazada de tres meses. Las compañeras le hacían los controles y la cuidaban especialmente. Cuando empezó con los dolores de parto la trasladaron al Hospital Militar, ahí una enfermera la destrató todo lo que pudo. Pero el 2 de junio del año siguiente su hijo nació muy bien. Habían acordado con el padre –Carlos Casares– que también había caído en la misma redada, que se llamaría Ignacio. A los cuatro días de nacido la presionaron para que entregara el bebé a su familia, también presionaron a los padres de Ana para que se lo llevaran, pero ni ella ni ellos aceptaron. Ana defendió con todas sus fuerzas el derecho a que su Nachito permaneciera con ella. Por fin lo logró. Pocos días después la visitó el comandante y le dijo que estaba orgulloso de “la mascota” de la unidad, y agregó “Nena, tú no tenés ninguna foto de este chiquilín. Te voy a mandar un fotógrafo”. Y el tipo cumplió. Consideraba al niño como un trofeo de guerra y le gustaba exhibirlo. Pero para Ana lo único importante era amamantarlo, mimarlo, criarlo. Nachito renovó la vida de las compañeras. Xenia, y no solo ella, lo trataba como si fuera su propio hijo, le cantaba o lo arrullaba en sus brazos, le tejía un bucito o le cosía una sabanita. Una demostración de ese amor fue, por ejemplo, cuando más grandecito, Nachito se metió en la boca la famosa plantita que tanto trabajo

le había dado a Xenia; años después contaba la anécdota entre risas. Pero lo cierto es que la presencia de ese bebé quedó como una marca de aliento en la vida de las presas cuando, once meses después, Ana y Carlos deciden entregárselo a la abuela materna porque un bebé tampoco podía criarse bien en la oscuridad permanente de la cárcel, asomando ya por la bahía los fríos del incipiente invierno y cuando ya había indicios de que las condiciones de reclusión empeorarían.

Corría en ese momento el año 74, en el Fusna hubo movimientos extraños, las presas pararon la oreja, escucharon los comentarios que un fusilero le hace a otro que recién llegaba a la guardia, que hay gente presa con mucha plata, y que los de arriba –aludiendo a la comandancia– se la querían sacar. Estaba Xenia haciendo la fajina con otra compañera cuando gritaron ¡atención!, entraron y la llevaron encapuchada frente al comandante. Este quería convencerla de que colaborara con ellos para identificar a ciertos empresarios y políticos, fundamentalmente colorados, que cometían ilícitos económicos y que si lo hacía podía pasar mejor los años que estaría ahí en el Fusna. La Negra, con el antecedente de lo que habían escuchado, pensó que los querían extorsionar. Su respuesta fue clara:

—Yo no sé nada y no colaboro.

Los fusileros la apretaron:

—Mire, Itté, que su gente, más precisamente Cámpora y el mismo Sendic, nos dijeron que usted nos iba a dar información...

Ni corta ni perezosa la Negra respondió resuelta y contundente:

—Que vengan ellos acá a pedírmelo.

Los fusileros insistieron un rato más, pero al fin retrocedieron en sus aspiraciones y la devolvieron a la celda.

Imposible no recordar aquella vez, por el 75, cuando empezaron a sentir martillazos, y más que martillazos, marronazos a raíz de los cuales fueron llenándose las dos celdas de una nube de polvo blanco. Unos fusileros estaban destruyendo el baño. Tenían la suerte de que ese baño estaba en el espacio de las celdas, es decir, podían ir libremente, era nuevo, impecable, lo habían hecho para ellos, con bañera y todo, antes de que llevaran gente detenida. Nada más gratificante para una presa que un baño como la gente, pero, claro, no se lo merecían, así que lo bajaron a marronazos. Tarea que gastó varios días de empolvada labor marinera. A partir de ahí las presas terminaron yendo a unos viejos baños, fuera del recinto y donde debían ir acompañadas de una guardia, que las apuraba, y las hostigaba cada vez.

Una tarde traen a María José Laganá y Nelsa Méndez detenidas. María José le había dado refugio una noche a un compañero, dieron con ella y se la llevaron. Nelsa vivía con María José, era enfermera y no tenía militancia. Con ellas nació una amistad entrañable. Año y medio después las soltaron, entonces María José le prometió a la Negra que todos los domingos iba a salir a una hora acordada

a saludarla con un pañuelo amarillo. Y cumplió durante todos los años que Xenia permaneció en el Fusna. También le llevaba paquetes con alimentos y materiales para manualidades, especialmente lana. También con Nelsa la amistad permanecería hasta el fin de sus días.

“En las tardecitas –cuenta una de sus entrañables amigas–, antes del rancho, nos juntábamos con algunas compañeras para hacer manualidades y mientras, contarnos historias para olvidar los terribles momentos que vivíamos. A Xenia le encantaba contar anécdotas de su amada Bella Unión. Tenía una forma amena y picaresca de presentarnos sus personajes pueblerinos. Una vez nos contó que había un baile en el pueblo y que a medida que oscurecía se fueron reuniendo más y más vecinos. Al rato comenzó la música y las parejas sonriendo se acercaron a la pista de baile. Una de ella era la Beba y Jacinto. Beba era una mujer pequeña y delgada y Jacinto corpulento y panzón. Cuando intentaron abrazarse para bailar, la barriga de Jacinto era tan grande que se interpuso entre él y la Beba. Entonces, en un giro creativo Jacinto ubica su panza hacia un costado y muy orondos comenzaron a bailar. Entre pieza y pieza preguntaba Jacinto ‘¿vas cómoda, Beba?’. Nuestras largas carcajadas sonaron fuertes en la tarde. Y cada tanto en situaciones diversas e incómodas, entre risas o para romper la tensión de un momento crudo, Xenia repetía ¿vas cómoda, Beba? Y las sonrisas afluían. Eso tenía siempre de positiva la Negra. Después fue un dicho de todas”.

Bocha –el hermano de la Negra–, cuando salió de la cárcel de Libertad en el invierno del 76, pudo visitarla dos veces. Después se lo prohibieron. A Humberto no lo había visto en años, se fue para Argentina, después voló a Australia y no volvió más.

Una noche sintieron la calma que precede a la tormenta. Algo se venía. Era gélido aquel agosto del 77. Al principio los fusileros miraban para adentro de la reja y se iban. Después empezaron a correr de un lado para otro. Se sentía movimiento afuera, los motores de los vehículos, sirenas, órdenes de mando. Empiezan a gritar que se levanten, que se apuren. El milico golpea con el arma la reja. De pronto silencio absoluto, el aire se enrarece, un olor químico lo inunda. Las presas empiezan a gritar que no pueden respirar, las lágrimas ruedan por sus mejillas. Una compañera alerta a las demás “¡es gas, es gas!”. No podían creerlo, ellas, las presas, fueron gaseadas ahí encerradas en las mazmorras del Fusna. El comandante, ninguna presa se olvida, era Jorge Jaunsolo.

Cuando llevaba cuatro años en el Fusna, sacan a Xenia del carcelaje, la incomunican y le dicen que como ella es de Bella Unión debe contarle a unos oficiales de Chile y Argentina, que estaban de visita, la historia de los cañeros, de su movimiento y sus luchas en los años 60 y 70. Ella pensó enseguida que seguro estaban persiguiendo a los peludos que se habían refugiado en esos países, pero no sabía que esa “visita” ya tenía nombre: el Plan Cóndor.

Como se negó rotundamente a participar (léase traicionar a los compañeros) el oficial Uriarte le recordó que ellos usaban métodos efectivos para que los presos hablaran y que ella los conocía muy bien. Pero tuvo suerte y esta vez no llegaron a torturarla, la mantuvieron aislada en una celda durante cinco días. Estuvo en un lugar próximo a los compañeros porque contó que oía sonido de cadenas, que a los compañeros los encadenaban siempre, que escuchaba los ruidos de los grillos cuando los llevaban al baño. Ella sola en esa celda y siempre los mismos ruidos, sin que nunca nadie le dirigiera la palabra.

A fines de 1977 en Argentina y Uruguay hacen una cruda redada contra militantes de los Grupos de Acción Unificadora (GAU) y contra Montoneros de Argentina. La Marina, liderada por Jorge Tróccoli, lleva adelante los procedimientos en coordinación con la Escuela de Mecánica de la Armada de Argentina. Al Fusna llevan a la gente detenida y algunos quedarán desaparecidos para siempre, en ese momento el Fusna se va a convertir en centro clandestino de detención y tortura. La desaparición del argentino Oscar de Gregorio es relevante. En el mismo operativo el pianista Miguel Ángel Estrella zafa de desaparecer por las presiones internacionales, pero es interrogado en el Fusna y luego recluido en el penal de Libertad. En ese marco de terrorismo el Fusna no seguirá funcionando como cárcel; ese año 77 la gente recluida en cuarteles y cárceles fue trasladada, las mujeres al penal de Punta de

Rieles en Montevideo y los hombres al de la ciudad de Libertad en San José. El Fusna fue el último, en el invierno de 1978, en enviar a sus presas y presos a las dos cárceles.

Se empieza a respirar

El penal de Punta de Rieles, estaba en medio del campo sobre una loma. Podían respirar aire puro. Xenia y sus compañeras vivieron el cambio como un sueño. No usar más venda les trajo trastornos de la vista, pues durante años la visión máxima era de pared a pared de la celda, debieron ejercitar mucho, durante mucho tiempo, la visión de lejos. Les dieron unos uniformes grises, bolsudos, con un bolsillo en el frente de color, a algunas les tocó el rojo, a otras el naranja, también había verde, azul, negro y amarillo, y pasaron a tener número, el de Xenia fue el 539, pintado sobre una tela blanca uno más chico en el bolsillo opuesto al de color y otro más grande y bien visible en la espalda.

Aunque tenían recreos al aire libre, no todo era fantástico en Punta de Rieles, las compañeras provenientes del Fusna llegaron en plena época de los trabajos forzados. Las presas debían arrastrar rodillos enormes de hormigón para apisonar las calles internas, una sola no podía, había que hacerlo de a tres. Compañeras enfermas, con dolencias cardíacas eran obligadas a salir a trabajar y realizar no solo esos trabajos de fuerza sino también trabajos

inútiles como juntar puchos, sí, juntar puchos. Las mujeres empezaron a resistir y llegarían a negarse a los trabajos forzados.

A la Negra, la visitaban con asiduidad la madre y Alba y también el Bocha fue a verla periódicamente, a Xenia le encantaba porque él le llevaba un buen surtido de pan con grasa que había aprendido a hacer en la panadería del penal de Libertad. Al final, a principios del 80, el Bocha tuvo que irse del país, tenía que ir a firmar semanalmente a la comisaría su constancia de domicilio, en aquellos años era algo que debían hacer presas y presos que recuperaban la libertad, si salían del departamento tenían que dejar constancia de a dónde iban y por cuánto tiempo, y cada vez eran hostigados. El Bocha estaba cansado y corría el peligro de volver a ser detenido, así que cruzó la frontera por Artigas y se fue a Suecia.

Me contó María Elia Topolansky que un día la sacaron a la Negra del sector. Las presas empezaron a vichar por todos los resquicios para ver a dónde la llevaban, no fuera a ser que la sacaran para interrogarla otra vez. Ella vio cuando tomó el camino al calabozo, tenía una pañoleta naranja en el cuello que le había tejido Paco Sclavo en Libertad, y en señal a sus compañeras, que sabía la miraban, se echó con displicencia la punta de la pañoleta hacia la espalda y siguió caminando de lo más oronda, en señal de ‘aquí va la reina del carnaval’.

María Elia abundó: “A la Negra Xenia la conocí en la cárcel. Primero estuve presa con ella tres meses en la cárcel de Cabildo. Pero esos fueron tiempos locos: montones de mujeres apiñadas en un lugar pensado sólo para diez reclusas y enseguida se dio la fuga llamada Estrella. Nos encontramos nuevamente años después en Punta de Rieles, cuando a mí me habían trasladado desde la cárcel de Paso de los Toros y a ella desde el cuartel del Fusna. Fue entonces que llegué a conocerla y quererla.

Imposible que la Negra fuera un número más, el 539, en aquel penal.

Cuando compartimos celda, conocí las peripecias de su vida, las razones de su compromiso, su canto, su amistad, su compañerismo. Y son muchas las anécdotas que se podrían contar. Ahora recuerdo una: era domingo y teníamos visita. Las visitas son para presos y presas como la luz que se asoma por una rajadura y nos trae algo del mundo exterior. La Negra esperaba ansiosa a su madre que seguramente le traería noticias del Bocha, su hermano exiliado en Suecia. Allí los grupos de exiliados aseguraban nuestras vidas con constantes movilizaciones y denuncias. Había listas con los nombres de los detenidos y anécdotas sobre sus condiciones de reclusión y sus vidas. A la vuelta de las visitas, la costumbre era de ‘mini-conferencias de prensa’ con las novedades del mundo exterior, las que eran políticas y se pudieran contar, las familiares e incluso las barriales. Todo nos interesaba, era la vida.

La Negra llegó de la visita, se sentó y nos miró con ojos luminosos. Si no fuera porque esperábamos las noticias suecas, creo que se hubiera puesto a cantar y bailar un popular samba brasileiro de esos que cantaba de tardecita para levantar ánimos. Estaba entre desconcertada y pícarra, entre orgullosa y... la apuramos para que empezara de una vez, entonces contó: la madre le había relatado sobre uno de esos eventos de denuncia en Suecia. Habían hablado de los presos en general y de algunos en particular, contaron quienes eran, cómo era su vida en Uruguay antes de las detenciones, cómo fue su involucramiento político. Habían contado de Xenia. Que había nacido en Bella Unión, que allí vivió años con sus padres –su madre y el comisario Itté–, y sus hermanos. Que fue a la escuela y al liceo y que estudió magisterio y se recibió de maestra. Que a la Negra le gustaba cantar y bailar y tenía dotes musicales. Que era una gurisa independiente que de muy joven empezó a trabajar en Radio Bella Unión, de locutora. Que lo hacía muy bien porque su voz, su dicción, su facilidad de palabra, sus estudios la respaldaban. Y que se compró una cachila con la que circulaba por el pueblo. Que no había sido indiferente a las luchas sociales y políticas de su gente, sobre todo de UTAA, que se indignaba con la injusticia de las condiciones de vida y trabajo que veía. Que eso la había llevado a involucrarse en la lucha por una sociedad más justa y solidaria. Y que su lucha la estaba pagando con cárcel... Para ilustrar las historias

se mostraban fotos. La madre de la Negra había seleccionado y enviado una: Xenia jovencísima, en un carnaval de Bella Unión. Ese año la Negra había concursado para reina del carnaval y había ganado. Se la veía vestida con pañuelos de gasa de todos los colores, sandalias y sentada en la boca de un dragón.

Xenia, el fuego de aquel dragón de cartón que fabricaron los organizadores como carro alegórico para llevar a su reina. Xenia, el fuego.

Y así era la Negra, toda pasión: cantaba con pasión, pensaba con pasión, militaba con pasión, amaba con pasión”.

Recién en 1979 la madre de la Negra, pudo vender la casa de Bella Unión, entonces se mudó con Alba a Montevideo donde compraron otra casita en la calle Fray Bentos, en el barrio de La Unión, así podrían visitarla sin problemas.

En el penal las integrantes del MLN-T iban procesando un balance sobre su organización, algunas se acercaron al Partido Comunista, otras con otra opción menos definida se acercaban a las posturas del Frente Amplio, otras no se cuestionaban el papel de la organización y otras callaban. Muchas compañeras del interior se mantenían firmes en sus principios tupamaros. Xenia entre ellas. Se discutía de política en pequeños grupos, pero pensaban que se iba a tener más elementos cuando estuvieran afuera.

La resistencia al enemigo –así le llamaban con claridad– era lo que unía con fuerza a todas las presas. La lucha contra el trabajo forzado, contra la incomunicación, contra las condiciones de vida crecía en Punta de Rieles. Las presas preparaban obras de teatro y las ejecutaban aunque estuvieran prohibidas. Hacían hermosas manualidades, Xenia tejía mucho y su predilección eran los colores estridentes, era bien de la frontera del norte. Cantaban solas o en coro, aunque no se permitiera. La Negra se destacaba en el canto, entonaba canciones brasileiras, no era preciso pedirle una, siempre cantaba. De pronto se escuchaba en el sector *Mañana de Carnaval* o *Iracema*, y se metía de lleno en viejas canciones tradicionales, le gustaban aquellas que popularizaron Demônios da Garoa. Su registro era amplio, se posesionaba y largaba la voz cerrando los ojos. Y si había compañeras en el calabozo, no pasaba un día sin cantarles o silbarles alguna tonada. Una de sus compinches para el canto era la Nená Uribasterra, que como buena olimareña se sabía todas las cantadas por el famoso dúo de su pago, y otras de Ruben Lena o Víctor Lima. Tenían mucho en común, además, como Xenia, era maestra.

El año 80 sería el plebiscito en el que la dictadura pretendía se aprobara una nueva Constitución, bien autoritaria por cierto, y que perpetuaba su poder. La gente se entusiasmó, por fin podría darle, legalmente, el No que se merecía. En el penal los milicos se pusieron nerviosos y decidieron tapar las ventanas del celdario con mamparas

de acrílico verde. Fue muy difícil moverse en esa pecera. En todas las visitas se denunciaba la situación, los familiares la replicaban afuera, y de Uruguay salía para el mundo.

El 27 de noviembre fue derrotada la dictadura y comenzó su retirada. El resultado fue festejado en las calles a puro candombe.

Las mamparas verdes pasaron dos años cubriendo la luz de las ventanas. Al fin, en el 82, las cambiaron por mamparas blancas, pero ahora eran de poliuretano, y por delante agregaron tejido mosquitero ¡verde! No hubo caso, las presas empezaron primero muy lentamente a quemar el tejido con brasa de cigarrillo, después la mampara, más adelante pasaron a usar las agujas de tejer, luego directamente cuchillos y trinchetas. Se la vio a Xenia en esa tarea mientras tarareaba: volverá la alegría/ a enredarse con tu voz/ a medirse en tus manos/ y a apoyarse en tu sudor..., esa canción que había traído de afuera hacía poco una compañera recién llegada. El 27 de octubre de 1984 llegó la Cruz Roja. A primera hora todos los sectores al unísono comenzaron a cortar las mamparas. Las cortaron enteras, y cayeron todas juntas planeando hasta reposar en los jardines del penal. Las autoridades no las levantaron, querían demostrar que las presas estaban bien presas, que eran irrecuperables.

Xenia fue de las primeras entrevistadas, la privilegiaban por ser “la mujer de Raúl Sendic”, quien hacía años rotaba en condiciones deplorables como rehén por los

cuarteles del interior del país. Ella preguntó a uno de los delegados de Amnistía primero por él, después por Henry, que sabía no estaba bien, y por otros compañeros. Le dijeron que ellos veían que las presas mujeres estaban mucho mejor psíquicamente que los hombres, no solo que los rehenes, mucho mejor también que los presos en Libertad. Esto a las compañeras les quedó rondando en la cabeza.

Pero el pueblo hervía en manifestaciones reclamando amnistía general e irrestricta. Se pactaba una salida de la dictadura en el Club Naval, participaban comandantes de las tres Armas y representantes del Partido Colorado, del Frente Amplio y de la Unión Cívica; el Partido Nacional se abstuvo por no acordar que se hicieran elecciones con proscriptos, entre ellos su máximo dirigente, Wilson Ferreira, que había vuelto al país en agosto, pero que del puerto lo llevaron directamente al cuartel de Trinidad.

Amnistía Internacional difundió su consigna de liberar a los “presos de conciencia”. Empezaron a rebajar las penas y a otorgarles la libertad con los dos tercios de la pena cumplida. A los “presos de sangre” los llevaban al juzgado militar y les daban 30 años de pena más 15 de seguridad. Al pueblo no le importaba si eran de conciencia o de sangre la consigna era clara: “Libertad para todos los presos políticos”.

Aguas de marzo

Aunque los años de cárcel se seguían sumando en los expedientes de muchas compañeras, las conversaciones sobre el afuera eran cotidianas. En noviembre se hicieron las elecciones para un nuevo gobierno, tal cual lo pactaron con candidatos proscriptos. Ganó el Partido Colorado y Julio María Sanguinetti, que tan amigo era del autoritarismo, llegó a presidente.

Xenia festejó sus 43 años ese 30 de diciembre. No paraba de pensar. Le pasaba lo mismo que a las demás compañeras. ¿Qué será de su futuro? Sabe que no seguirá cumpliendo años ahí, pero los trece años de cárcel que lleva le hacen sentir un poco de temor. Ya no sería madre, como tantas compañeras que pasaron toda su juventud tras las rejas y están deseando ser mamás. ¿En qué trabajará?, con esta edad es más difícil, pero ella siente que tiene un futuro por delante. De todas maneras, enfrentarse a esa otra realidad de la libertad, tan despegada de la suya, tan fuera del tiempo detenido y del espacio acotado, le produce algo extraño, como un chucho. Había demostrado ser independiente, ella no precisaba de Raúl para tomar decisiones. Ninguna precisó de su compañero para desafiar, como lo hicieron, a un enemigo tan desproporcionadamente fuerte. Tenían un colectivo fuerte. Eran mujeres valientes. Y si caían en un bajón, estaban las gu-risas, siempre las compañeras. Así que sí, que abran ya las

rejas, que levanten la barrera que ella y sus compañeras se tienen que ir, que se van. En el parlante sonaba Elis Regina, increíblemente trajo con ella *Águas de Março* entonces empezó a cantar a dúo y a voz en cuello *É pau, é pedra/ É o fim do caminho/ É um resto de toco/ É um pouco sozinho...* Algunas la siguieron otras se acercaron a escucharla ¿sería la última vez que cantaba para todas? ...*São as águas de março/ Fechando o verão/ É a promessa de vida/ No teu coração.*

Ese fin de año del 84 sería el último, era evidente. Como era costumbre, en la noche del 31 iban a cantar aunque fueran pocas, cantarían en todos los sectores y a la misma vez. Se juntaron en el corredor y Xenia arrancó con su voz baja, pero potente: “Las tierras, las tierras, las tierras de España /las grandes, la sola desierta llanura/ galopa caballo cuatralbo, jinete del pueblo/ que la tierra es tuya...” Y todas afirmaron las voces al entonar “¡A galopar, a galopar hasta enterrarlos en el mar...!” Y repitieron con más entusiasmo “¡A galopar, a galopar hasta enterrarlos en el mar...!” A algunas les corrían las lágrimas por la cara, todas se abrazaban con entusiasmo.

Los primeros días de marzo de 1985 llevaron a las mujeres que quedaban en Punta de Rieles a Jefatura de Policía. El 10 liberaron a presas y presos amnistiados, es decir, a los que no tenían en la carátula de su expediente los delitos Homicidio y Secuestro considerados delitos

de sangre. Después entre el 12 y el 14 liberaron con otra figura jurídica que no era Amnistía al resto. En este grupo había unos setenta hombres y cuatro mujeres (Edda Fabbri, Yessie Mcchi, Graciela Jorge y Elena Vasilskis) que estaban en distintos pisos de Jefatura. Xenia estaba en el primer grupo, el que fue liberado el 10.

Era tal la multitud que se agolpaba en San José y Yi que la policía decidió sacarlas en camionetas en grupos de cinco o seis y llevar a cada una a su casa donde una multitud menor de familia, amigos y vecinos esperaba ansiosa.

La salida de Jefatura fue apoteósica y la fotógrafa Nancy Urrutia hizo un registro inolvidable. Las compañeras se asomaban por los vehículos para saludar a la gente que intentaba tocarlas. Aquel domingo Xenia se ubicó en la ventanilla del vehículo policial y cuando la camioneta terminó de subir la rampa se encontró de golpe con una multitud de gente, y no pudo reprimir el grito que le salió del alma: “¡Gracias, pueblo! ¡Gracias pueblo!” La camioneta policial huyó veloz para dejarla minutos después en la casa de la calle Fray Bentos. Bajó de la camioneta y vio a su madre, sin rejas, sin mamparas, sin teléfono, sin escuchas, el largo abrazo, lleno de su olor, sintió su pelo haciéndole cosquillas en la cara, cerró los ojos... Todos la tocaban, empezó a recibir abrazos, ella también abrazaba con entusiasmo a toda esa gente alegre que se le acercaba y que quería tocarla, Albita, su querida hermana, la

familia estaba casi toda, amigos, amigas, amigos de amigos, vecinas y vecinos, estaban todos en la calle. Algunos ayudaron a bajar los bolsos con ropas y cosas que traía del penal, otros abrían botellas para brindar pero todos, todas, hablaban al mismo tiempo.

Más tarde se reunirían las ahora expresas, en el monumento a la Libertad de la plaza Libertad (aunque tenga el nombre de Cagancha). Fue apoteósico, el pueblo las abrigaba y ellas cantaron, gritaron, se abrazaron, eran libres.

Otro reencuentro más que esperado

Volvió muy tarde a dormir en la casa de la vieja, primero le costó, estaba muy excitada, después cayó en un profundo sueño hasta la mañana. La casa volvió a recibir amigos y gente conocida que venía a saludarla y le traía regalos.

¿Cómo sería el encuentro con Raúl? Le daba vueltas a la cabeza pensando, haciendo cálculos, imaginando esa cara, esa boca que nunca más había besado, que nunca más había visto, y que aquella última vez estaba atada con alambres. El jueves siguiente soltaron a los últimos presos y presas. Esperaba una llamada, un mensaje, alguien que le dijera cómo hacer para verlo. No estuvo en la conferencia de prensa que dieron los rehenes y otros presos en Conventuales, solo leyeron una carta suya... Supo que los hijos habían alquilado un apartamento para él. Al fin

recibió una cartita de Raúl que le llevó el abogado, Hugo Batalla, ¡la quería ver! Y Victoriano, el hermano, la acompañó a encontrarse con alguien que la llevaría hasta el apartamento de Raúl, pero debía ir compartimentada, es decir con los ojos tapados y no ver donde vivía. Le pareció un poco raro, pero lo aceptó. Estaba ansiosa. Se maquilló y se puso unas lindas caravanas, con el índice tapó un frasquito de perfume que le regalaron y se puso una gota bajo la oreja derecha y otra bajo la izquierda. Ese mismo 16 de marzo Raúl cumplía 60 años. Así que hizo una torta de naranja y se la llevó. Lo vio muy flaco, debajo de una boina aparecía el pelo blanco, algo nuevo, la última vez que lo vio todavía lucía aquella pelambre renegrida. No hubo tiempo a pensar, él desplegó una gran sonrisa inconfundible. La emoción de la Negra fue tremenda. ¿Qué pasaría después de 13 años de separación? ¡Qué incertidumbre!

La solidaridad del movimiento cooperativo con quienes salían de la cárcel o volvían del exilio fue notoria, mantuvieron libres casas de viejos cooperativistas perseguidos por la dictadura, pagaron las cuotas al Banco Hipotecario hasta que volvieron o hasta que salieron libres. Prestaron sus salones comunales para reuniones y asambleas populares durante la dictadura. También Xenia fue recibida con gran cariño, la contrataron como maestra en la guardería de Covimt 9. Fue una experiencia soñada para ella pues el amor que recibió de esos niños y de sus madres y padres fue tan generoso que no lo olvidaría más.

Allí no ejerció por mucho tiempo, pues no daba abasto con las tareas que tenía.

Raúl atravesaba una relación controvertida con sus hijos, así que meses después se mudó con la Negra para un ranchito que les consiguió Mujica, próximo a la casa donde vivía con Lucía. El ranchito era propiamente un ranchito, cocinaban en un antiguo Primus, por mesa tenían un medio tanque invertido y para dormir un par de catres de campaña. Recibían mucha gente, que iba llegando al país desde su exilio, en un pequeño monte de castañas cerquita del rancho. Xenia era experta en la cocina, pero hacía lo que podía en aquellas condiciones. Los domingos preparaban los consabidos asados familiares, Raúl volvió a encontrarse, después de 20 años, con su otro hermano, Alberto, que se había exiliado en Francia, y conoció a su cuñada Anne Marie. Después empezó a reunirse en la casa de su otro hermano, Victoriano, que estaba casado con Elita, en la calle Ejido. Al final, era tanto el trasiego de gente en Paso de la Arena y malas las condiciones para recibirla que se mudaron definitivamente para Ejido. Por otro lado les quedaba a la vuelta de la carpintería de la calle Cebollatí, donde funcionaba el MLN-T.

Las discrepancias internas en la Organización eran enormes, muchos dirigentes consideraban que Raúl tenía una neurosis aguda por lo que desacreditaban sus posturas y le ocultaban información. Se hizo una reunión en

la carpintería que fue muy larga y amarga. Raúl volvió a la madrugada extenuado. Viéndolo sufrir Xenia le sugirió que se fuera del MLN, pero él le contestó que de ninguna manera, que era una cuestión política, y que se dirimiría políticamente. Que si se iba, se dividía la organización.

Raúl escribía documentos y le pidió a ella que los pasara a máquina, al principio pensó que no se iba a acordar, hacía tanto tiempo que dudaba, pero se sentó frente al teclado y salió escribiendo como si no se hubiera detenido el tiempo.

También hacía los mandados, cocinaba, realizaba todos los contactos, coordinaba encuentros, recibía a los compañeros que seguían volviendo al país o que simplemente venían a discutir. Todo el día estaba trabajando. Estaba convencido que después de una dictadura había espacio para sumar nuevos sectores. En ese momento Raúl lanza el Plan por la tierra y contra la pobreza, y la idea de llevarlo adelante mediante una organización que se llamaría Movimiento por la Tierra. No muchos compañeros lo siguieron en esa propuesta. Había dos corrientes, si centrarse en el desarrollo exclusivo del MLN o abrir el panorama a más sectores sociales.

Henry Engler acompañaba a Raúl en la propuesta y había promovido, para financiar el Plan, crear un grupo musical, lo llamaron Cantares del Calabozo, él también tocaría la guitarra y armaron un repertorio con temas escritos en la cárcel por Raúl, Adolfo Wasem, Mauricio

Rosencof, Eleuterio Fernández, Jorge Zabalza y por él. Cantarían su hermana, Katia, Daniel Muzzio, que también tocaba la guitarra, y Mario Teti. Xenia se moría por participar, pero no le daba el tiempo, aunque más tarde se sumó.

A Centroamérica y el Caribe

Las dificultades que tenía Sendic para comer y hablar –casi no se le entendía– le hizo aceptar una propuesta para operarse en Cuba, así que en noviembre de ese año partieron rumbo a la isla vía México. A pesar de la preocupación por los resultados de la operación, Xenia estaba en su salsa, los colores, el calor, la música, debía tener algo de caribeña en sus genes porque todo ese ambiente la llenaba. Y por fin volver a ver a Geny que había ido a dar ahí, como tantas otras compañeras y compañeros después del golpe en Chile, y a su sobrina Carolina, la hija de Raúl. La niña que apenas tenía 15 años conoció a su padre y, mientras estuvieron en Cuba vivió con ellos en Miramar. Ella era una adolescente hermosa, de cutis moreno con unas cejas bien pobladas y una elasticidad asombrosa.

El encuentro con la realidad cubana no fue tan feliz. Vio el Estado demasiado estructurado, jerarquizado, piramidal. La Negra, tan expansiva y alegre no podía entender que en Cuba, con el espíritu caribeño que emanaba de sus habitantes, tuviera tantas contradicciones, aunque, claro,

el bloqueo pudo tener mucho más importancia de la que imaginó.

A ellos los trataban como revolucionarios jubilados, el propio Fidel, que le dio en público la mano a Sendic, nunca tuvo una charla con él. Hicieron múltiples visitas todas muy organizadas, a las unidades de producción, y viajaron a distintos lugares del interior. También visitaron la escuela de danza de Carolina, donde la profesora organizó un desfile, sí, ¡un desfile! tipo militar. Xenia hacía siempre de traductora de Raúl al que se le entendía poco y nada. Al fin lo operaron en primera instancia de una hernia provocada por el culatazo de un milico en uno de los cuarteles por los que girara como rehén.

25 años del Frente Sandinista

Luego partieron para Nicaragua, se conmemoraban 25 años del Frente Sandinista. La impresión que tuvo la Negra fue mejor que la de Cuba, llevaba siete años el triunfo de la revolución pero no era todo tan vigilado, tan organizado, tan agendado, y les resultó más fácil desechar la invitación del gobierno para quedarse en una casa exclusiva, lujosa para ellos. Preferían vivir con compañeros uruguayos que se habían quedado en el país después de la derrota de Somosa. También recorrieron el país tropical. Xenia muy impresionada con Matagalpa y el recibimiento que tuvieron.

De vuelta a la isla y rumbo a Europa

Volvieron a Cuba porque debían hacerle otra operación a Raúl, intentaron despegar los músculos que le habían quedado pegados a la mejilla. Hizo ejercicios dirigidos por un foniatra para mejorar el habla, cuestión que mejoró sensiblemente. Y cuando se recuperó marcharon a Europa con Carolina. En Francia les esperaba Alberto. Para Xenia fue un hermoso encuentro, Anne Marie y Alberto la recibieron con los brazos abiertos. Nació entre las dos mujeres una amistad entrañable y generosa que duraría el resto de sus vidas. Una vez instalados en la casa llegarían muchas compañeras y compañeros a abrazarlos, a conversar, a intercambiar opiniones después de tanta agua que había pasado debajo del puente.

Viajaron con Carolina, Anne Marie y Alberto a Bélgica donde se encontraron con Charito a principios de agosto del 86. Sacaron la cuenta con Xenia que no se veían desde julio de 1963. Juntos recorrieron Brujas, Gante, Lovaina la Vieja y Bruselas. Raúl quería ir a Bruselas a charlar con un viejo compañero de Paysandú, Carlitos Ramírez, quien había participado en las marchas cañeras del 64 y 65. Carlitos les esperaba con una rica merienda y después fueron a conocer el bar donde Marx escribió *Miseria de la filosofía* durante su exilio allá por 1847. Charito recuerda que pudieron discutir poco de política, sintió que era un

diálogo de sordos, porque entendía que ellos en ese momento pretendían organizar un movimiento con la misma estructura que la anterior, sin sacar conclusiones de la experiencia pasada.

Visitaron a María Julia Alcoba que estaba exiliada en Barcelona, una obrera textil y antigua militante socialista que fue a los arrozales de Treinta y Tres para ayudar a la organización de los trabajadores, antes, incluso, de que Sendic fuera a Bella Unión.

Volvieron a París y de ahí cruzaron a Barcelona y después fueron a Madrid. Viajaron a Zurich y Ginebra, en Suiza se encontraron con Teresa y sus dos hijas, Mecha y Anita; Teresa había reaccionado inmediatamente cuando confirmó, por el informativo de la radio, la caída de la Negrita y del Bebe. No lo pensó dos veces, se fue inmediatamente con sus dos hijas del país. La Negra recompuso aquellos momentos últimos de su libertad cuando habló por teléfono y ella le pidió que fueran a dormir a su casa. Se preguntaron reiteradamente ¿qué hubiera pasado si hubieran aceptado su ofrecimiento? Las chiquilinas nuevamente la encontraron lindísima y le decían que con esa permanente que se había hecho estaba divina. Esos, como con tantas compañeras y compañeros que todavía estaban en Europa, fueron momentos de mucho cariño, abrazos y charlas interminables. Después fueron a Copenhague. Siempre haciendo reuniones, juntándose con viejos amigos. ¿Quién puede negar que para la Negra lo

más importante en la vida eran los compañeros? Fueron también a Malmö y Lund. Mientras Raúl iba a Gotemburgo, Xenia y Carolina se adelantaron a Estocolmo donde pudieron abrazarse con el Bocha. Un reencuentro familiar inolvidable. Más tarde llegó Raúl. Volvieron a París para un homenaje al Che Guevara en el que cantaba otro viejo amigo de Raúl, el indomable Daniel Viglietti.

A fines de octubre volvieron a Bélgica, Charito le cuenta por carta a Colacho, que discutieron sobre los países socialistas, Raúl no creía lo que se decía sobre ellos, no creía que hubiera corrupción, que hubiera diferencias abismales en la distribución de la riqueza, que la gente no aguantara más y que todo ese sistema se desmoronaba. Cuestión que Raúl no pudo verificar, lo que sucedió tres años después, en noviembre de 1989. Él guardaba la esperanza porque pensaba que todavía eran socialistas. La Negra en cambio creyó que era posible lo que planteaba Charito, pero no intervenía mucho en la discusión. Raúl y Charito se enzarzaban mientras caminaban los tres tomados del brazo. Hicieron varios paseos y siempre discutieron bastante. Fueron después a Lieja y ahí se despidieron, Raúl y Xenia tomaron el Expreso de Oriente rumbo a Budapest.

A ponerse en marcha

Ya cerca de fin de año volvieron a Cuba para que Raúl terminara su tratamiento de foniatría. Ahí escribió el discurso, que Xenia pasó a máquina, y que diría poco después, el 6 de diciembre en el estadio Franzini, llamando a formar el Movimiento por la Tierra.

Para promoverlo Sendic y Xenia recorrieron el interior, pero no tuvieron mucha suerte, aunque sí fue importante la ida de Sendic a Bella Unión. La Negra no lo acompañó, aunque era su pueblo, aunque era su gente. Encontró el pueblo cambiado. La dictadura pretendía consolidar su propio poder económico desarrollando cooperativas agrarias en el vértice noroeste del país, y declaró de interés nacional el desarrollo de recursos naturales renovables, todo acordado con el BID. Había trabajo y la gente tenía buen ánimo. Se reencontró con viejas amistades y afectos. Realizó contactos. Sendic se abrazó con viejos peludos que había conocido hacía más de 20 años, gente que lo consideró su máximo líder, el que les había devuelto la dignidad, los que habían luchado por él desde la marcha a Montevideo del 64 bajo la famosa consigna “Por la tierra y con Sendic”. También se reencontró con Colacho. Se reunieron en la policlínica de UTAA, y quedó el registro de un par de famosas fotos: Sendic con un compañero al que le decían el gaucho alemán, Gaspar Detch, y otra en el mismo lugar de Sendic con Mujica. Al rato de estar char-

lando con unos y otros cae un tal Moraes, presidente del directorio de Caln , con su mujer, a saludar al “dirigente natural” como le dijo, en su soberbio Mercedes Benz.

Giro a las ocho horas

Xenia empezó a trabajar en Mate Amargo, el periódico que ya editaba el MLN-T. Su trabajo era eminentemente administrativo. Pero ella, además, cumplía la misión de amalgamar caracteres diferentes, mitigar rispideces, generar un clima de compa nerismo imprescindible para que el periódico saliera en tiempo y forma.

En 1987 y parte del 88 Kintto Lucas trabaj  con ella en el Mate. Cuenta que más allá de la predisposición que tenía para intentar solucionar problemas administrativos que pudieran afectar a quienes salían a realizar crónicas y reportajes en Montevideo o en el interior, esencialmente Xenia era alguien preocupada con lo que les ocurría a compañeros y compañeras. Siempre estaba atenta a si tenían algún problema familiar, de salud suyo o de la familia, ella preguntaba y se interesaba verdaderamente. Y agrega: “Siempre nos trataba con un cariño especial. Entendía que la militancia era parte de un compromiso colectivo y personal que implicaba preocuparse por compañeros y compañeras. Tamb n le daba un verdadero contenido al hecho de ser del MLN, pero además era una persona muy amplia que respetaba las distintas visiones de la izquier-

da. Trataba a todas las personas con respeto, fuera quien fuera, así fuera dirigente político o no fuera nadie, fuera más joven o más veterano. Pero tal vez lo que más me llamaba la atención era su paz. Lisa y llanamente transmitía paz. Más allá de su capacidad de interceder para acercar posiciones cuando surgían discrepancias entre compañeros, en todo momento de ella emanaba una tremenda paz interior, difícil de encontrar. Poca gente transmite esa paz. Yo sentía que en ella podía confiar porque creaba ese ambiente de seguridad, ella permitía pensar libremente. Eso siempre me llamó la atención de Xenia. Después, en junio del 88 cuando se arrendó la radio Panamericana, ella, con la experiencia que ya tenía en radio, fue a trabajar a CX44, y siempre que me la cruzaba allí, en el local central o en algún acto la encontraba amable, sonriente y cariñosa preocupada por mí, por todos, transmitiendo esa paz. Después me fui a vivir a Ecuador. Algunas veces nos encontramos cuando yo volvía y siempre era la misma. Xenia siempre era ella misma. No necesitaba cambiar su forma de ser para tratar a unos y otros. Siempre era ella. Era auténtica, daba sus opiniones sin ofender y sin traicionarse a sí misma. Para los que entonces éramos jóvenes eso era muy importante, resurgía la democracia y buscábamos a alguien en quien mirarnos, elegíamos a hombres o mujeres que además de izquierda, solidarios y comprometidos fueran auténticos. Como Xenia.”

La Panamericana era distinta al Mate. Estaba llena de gente, muchos eran simpatizantes de los tupas, ahí Xenia pudo encontrarse con gente común y corriente, de todos los pelos, de todos los barrios, con todo tipo de iniciativas, compañeras que habían estado con ella y otras no. Se promovían las más variadas actividades sociales, en poco tiempo la 44 creció enormemente. Contaba con el bien organizado Grupo de Amigos de la Radio, que tenía su estructura y funcionamiento. Organizaba recitales, excursiones, campañas solidarias, tareas de difusión y recolección de fondos. El grupo de amigos logró que miles de oyentes adheridos a la radio colaboraran con un bono solidario mensual.

La Negra pasaba de hacer tareas administrativas a secretaria del director, a relaciones públicas, a tareas contables, a la mesa de recepción. Andaba tanto para arriba y para abajo que decidió comprarse varios championes porque siempre le dolían los pies, y cuando podía los apoyaba en un banquito, pero eso era rara vez.

Lo más grande que sucedió aquel fin de año fue la ratificación de firmas impugnadas por la Corte Electoral. Informó que 20 mil eran dudosas y que debían ser ratificadas. El país se jugaba la posibilidad de justicia con el referéndum que, mediante el voto verde, pretendía anular la ley de impunidad. Durante un año se había rastrillado el país puerta a puerta para recolectar las casi 556 mil firmas que posibilitaran el referéndum. Ahora, las firmas

cuestionadas debían presentarse en un solo día, el 19 de diciembre. Parecía imposible. Durante los tres días previos y en forma ininterrumpida la radio acompañó las movilizaciones para concretar la ratificación de las firmas. Su rol fue decisivo. Desde los estudios se coordinaron los esfuerzos, se conformó una cadena de teléfonos y direcciones para ubicar a aquellos que no sabían que su firma había sido impugnada, se pusieron a disposición autos para trasladar a quienes querían votar, todos los programas exhortaban con convicción a evitar el fraude. Faltando media hora para que expirara el plazo legal, los periodistas ya anunciaban que se llegaba. En los locales de presentación la gente formaba cordones humanos para facilitar el arribo de los rezagados, todo se transmitía y en las mesas de recepción se escuchaba la Panamericana. Ese lunes una multitud festejó el triunfo en la puerta de la radio. Xenia estaba en su salsa, dentro y fuera de la radio.

Nubes de tormenta oscurecen el cielo

Después de la ratificación de firmas, Raúl fue por dos semanas a Cuba y cuando volvió se encontró con un gran desafío. Un grupo de revolucionarios argentinos del Movimiento Todos por la Patria tomó el cuartel de La Tablada con el objetivo de frenar el golpe de estado con que amenazaba el comando militar de los “Carapintadas”. El resultado fue una masacre para los ocupantes, fueron ase-

sinados, ya detenidos los fusilaron, les pasaron por encima con tanquetas deshaciendo sus cuerpos. Algo terrible. Otros muchos militantes de la organización huyeron del país y vinieron para Uruguay buscando refugio. El MLN sorprendido se puso a discutir si estaba mal o bien lo que habían hecho los compañeros argentinos. Pero Sendic no dudó, y Xenia transmitió: primero que nada, equivocados o no, eran revolucionarios, que había que solidarizarse inmediatamente con ellos y después se discutiría si estuvieron bien o mal. Esa fue su última gran intervención política. Al volver de La Habana Xenia ya lo encontró muy cansado, vio que su cuerpo tenía reacciones raras, de pronto un sudor invadía su cuerpo sin explicación, le costaba levantar pesos mínimos.

Mientras, Xenia ajustaba coordinaciones entre la 44 y el MLN, muchas veces conversaba con Mariana Casares que muy joven estaba trabajando en Finanzas del MLN. Un día Mariana llegó al local de Tristán Narvaja con una felicidad que se salía de la vaina. Se encontró con la Negra y le zampó “estoy embarazada”. Ah, qué algarabía que armó, parecía estar más contenta ella que Mariana. A todo el mundo se lo decía, no hubo en el local quién no se enterara y festejara, animados por el entusiasmo de Xenia.

Entre tanto, otros compañeros también vieron el cambio en Raúl, cómo le costaba escribir, la letra totalmente diferente, cómo prefería dictar. María Liria Martínez, que es médica, aunque pediatra, advierte también las dificul-

tades motrices que exhibe Raúl, se lo plantea pero él evade la situación, ella insiste hasta que logra que vea a una neuróloga. El diagnóstico es grave, se trata de la degeneración de la mielina que cubre los nervios motores, le llaman el Mal de Charcot, y en Sendic está muy avanzada aunque no perderá la lucidez. Él guarda silencio, en principio no comenta nada con Xenia ni con sus hermanos, sigue trabajando. Escribe en Mate Amargo sobre el retiro del Frente Amplio de la Democracia Cristiana y del Partido por el Gobierno del Pueblo liderado por su amigo y defensor Hugo Batalla; critica al presidente Sanguinetti por cómplice con los delitos cometidos por la dictadura. Mientras tanto los médicos del MLN se reúnen por su cuenta para ver cómo encarar la enfermedad, barajan posibilidades. Pero al hacerse tan evidentes sus dificultades, le informa a la familia el diagnóstico. Finalmente Raúl y Xenia optan por viajar a Francia, donde Alberto ha hecho ya algunos contactos para su atención. Salieron de Carrasco el 21 de febrero del 89. Xenia sigue cantando, tararea haciendo de tripas corazón, piensa: tanto remar para morir en la orilla... Pero recién están volando, quizá, seguro que sí, en París van a encontrar la solución. Le brillan los ojos, tiene en su mano la de Raúl, se la aprieta, le sonríe.

Alberto y Anne Marie los están esperando en el Charles de Gaulle. Al otro día van los cuatro a la consulta médica preparada por Alberto. Esa consulta fue tremenda, Xenia la sintió como una puñalada. Y volvió a pensar en

la muerte como el 14 de abril. El médico le dijo crudamente a Raúl que tenía dos opciones y que quería saber su opinión, la primera era vivir el resto de su vida conectado a computadoras, y la otra era dejarlo morir, así se lo dijo: “Decida usted si lo dejamos morir”. Raúl le contestó que vivir sostenido por aparatos era la muerte en vida. Deciden empezar un tratamiento. Xenia que ve su deterioro a diario, calcula es un placebo. Los compañeros que estaban en Europa quieren visitarlo, pero la familia las dosifica, entre los que lo hacen están el periodista y amigo Carlos María Gutiérrez y el entrañable Daniel Viglietti a quien le pide le cante *El chueco Maciel*. Raúl ya no habla, balbucea apenas. Xenia, también con dificultad, traduce lo que dice. Los cambios en el estado del enfermo son diarios. La Negra se parte en dos, quiere gritar, quiere aullar, pero sonríe y canta. Raúl termina internado, no tiene fuerzas para respirar. Xenia reza para que Carolina, que ya salió de la Habana, llegue. Si bien la Negra era imprescindible para cualquier movimiento de Raúl, comer, ducharse, ir al baño, el protocolo del sanatorio no le permite quedarse en la noche. Cansada y malhumorada vuelve a la casa de Alberto. Duerme pero se despierta constantemente. Cuando amanece el viernes reciben la llamada fatal. Carolina no llegó. Era 28 de abril.

Una semana después un avión con Anne Marie, Alberto, Xenia y el féretro de Raúl volvía a aterrizar en Carrasco. El velorio se realizó en la sede del MLN, en Tris-

tán Narvaja. Una muchedumbre se agolpaba, incrédula, dolida, silente, cerrando la calle. La gente hacía cola entre respetuosa e indignada por los doce años de cárcel, por la condición de rehén, por aquel aljibe que lo obligaron a soportar... Una guardia de honor de compañeras y compañeros lo acompañaba mientras con paso lento miles de personas caminaban lentamente delante de la bandera tupamara que cubría el ataúd. Una multitud de miles de personas, pertenecieran o no a organizaciones sociales y políticas, acompañó a Raúl hasta el cementerio de La Teja.

Nuevas luces y sombras

Lo que vivió Xenia en esos días fue agotador, como en otros tiempos los sentimientos encontrados se pusieron a la orden del día. Aunque pensó mil veces cómo reaccionar frente a estas circunstancias la realidad la sobrepasó. Cientos y cientos de pésames en abrazos, en cartitas, en llamadas, no le permitían pensar ni vivir lo que estaba viviendo. Por momentos lloraba y por momentos pensaba esto no es cierto y se sentía como en una pesadilla. Anne Marie que se daba cuenta de todo habló con Alberto y entre ambos la convencieron de que volviera un tiempo a Francia con ellos, que así como se planteaban sus días la iban a enloquecer. La Negra entendió que lo necesitaba, que precisaba un momento de paz para mirar para adelante y decidió aceptar la invitación.

Antes de partir la Negra fue invitada a la conmemoración del décimo aniversario de la revolución sandinista, que se realizó en la Embajada nicaragüense. Allí se encontró con queridos compañeros con quienes conversó animadamente, pero su cabeza ya estaba en el viaje que emprendería pocos días después. Estuvo en Francia hasta fin de año, cuando el 30 de diciembre cumplió 48.

Ese viaje le dejó varias conclusiones: una, que la pareja Anne Marie-Alberto sería amiga para toda la vida pasara lo que pasara con ella; dos, que intentaría ponerse al hombro el Movimiento por la Tierra, y que si el MLN no lo apoyaba de lleno, ella lo haría, no solo por la memoria de Raúl, sino por lo que ella sentía y pensaba, que ella era una militante social aunque algunos pretendieran reducirla a pareja de Raúl; y tres, que todavía sentía un gran empuje para hacer de su vida lo que quisiera, la cárcel ya le había quitado lo mejor de su edad para vivir la vida y no estaba dispuesta a renunciar a nada. De eso estaba segura.

El Movimiento por la Tierra había surgido por la convicción que tenía Raúl de que a la salida de una dictadura, provocados por la resistencia popular, podían desarrollarse movimientos revolucionarios tras las consignas de Reforma Agraria, Estatización de la Banca y No pago de la deuda externa, como lo había planteado en el Estadio Franzini. Ese programa lo tomó el MLN, lo que no compartió fue la instrumentación planteada por Raúl. De ahí que este pusiera el acento en desarrollar el Movimiento

por la Tierra. Una de las primeras propuestas fue la compra de chacras en distintas zonas de Uruguay para anclar grupos de compañeras y compañeros en el medio rural. Raúl quería también que comprendieran que hay otra manera de vivir que no solo es la urbana. Es en este Movimiento que Xenia conoce muchos nuevos compañeros y compañeras.

Siguió viviendo en la casa de los Sendic en la calle Ejido y trabajando en el Mate y en la Radio. Iba por la rambla en una pesada bicicleta hasta Bartolomé Mitre, en Ciudad Vieja, donde tenía la sede Mate Amargo, pero no le daba para ir con ella a pulso escaleras arriba, así que le pedía una mano al dibujante Alejandro Sequeira para que se la subiera.

Llevaba dos años trabajando, pero los ingresos eran demasiado básicos como para moverse en las tareas que requería el Movimiento por la Tierra. Daba una buena mano con su trabajo, pero también había muchas compañeras y compañeros que podían realizarlo, así que decidió dejarlo. Además, se sentía independiente, no sujeta al MLN por lo que no quería seguir trabajando en su órbita. Pero nunca renunció a la gente, compañeras y compañeros eran lo más, lo mejor de su vida. Por ellos, todo.

Empezó a moverse y a preguntar por algún trabajo. Mabel Dias-Lopes que tenía con su compañero una farmacia se lo ofreció. La farmacia Roosevelt en la esquina

de Rondeau y Aguilar. Ella era amiga de su hermana Geny, habían estudiado juntas en Salto y la amistad se había ampliado a las dos familias. Así que Mabel conocía muy bien a la Negra y la llevó a trabajar con ella. Hacía el horario de 9 a 17 y después se iba a abrir el Movimiento por la Tierra.

Este, además, tenía un programa en CX44 a las 6 de la mañana, lo conducía Helvecia Pérez con sus jóvenes 20 años, ella era del campo y sabía de lo que hablaba y sabía preguntar, su espíritu literario hacía muy ameno el programa. Tanto es así que Alejandro Castro se colgaba cada madrugada en la sintonía de 1410 AM para no perderse ni una palabra de lo que el receptor le planteaba. Un día se decidió y fue al local del Movimiento en la calle Madrid esquina Magallanes. Corría 1991 y hacía poco se había separado y estaba buscando una actividad que le colmara esa necesidad de militancia que tenía. Se presentó con un compañero, Carlos Domínguez, al que le decían “Macho”, y sin más le dijo “quiero integrarme al Movimiento por la Tierra”. Antes de trabajar como dibujante había vivido en el campo así que ahí encontró su lugar. El local estaba lleno de gente que iba y venía, discutían, hacían planes, contactos, finanzas, un sin número de actividades.

La empresa donde trabajaba Alejandro debió realizar un trabajo en el Palacio de la Luz así que él fue varias veces para reunirse con un gerente en el edificio, sacar medidas discutir la tarea y demás. Rumbo al Palacio de la Luz pasaba por la puerta de la farmacia, Xenia lo vio pasar una

vez y doblar por Aguilar, y al otro día otra vez, así que se puso en guardia. El corazón le saltaba en el pecho “chiquilinas, chiquilinas, miren ahí viene”. Si él hubiera mirado para adentro habría visto a las “chiquilinas” girar al unísono las cabezas de derecha a izquierda, como vacas en el alambrado cuando pasa alguien. En la farmacia la Negra la pasaba bien, ya no tenía que lidiar con tantos problemas. Mabel recuerda que una vez entró un hombre y le pidió a Xenia un preservativo Amor “co-arrugado”, quería saber cómo era y ella, sorprendida, ni corta ni perezosa y haciendo gala de gran conocimiento le respondió deletreando claramente:

—Es como dice la palabra “co-arrugado” —y el hombre, feliz y sin una explicación clara, se llevó uno solo.

No todo fue divertido en la farmacia, corrían los años noventa, había empezado la desindustrialización y los asaltos eran cuestión de todos los días. Una vez bajaron de un Renault cuatro hombres vestidos de obreros. Uno de ellos pide Novemina y cuando va a pagar, en lugar de sacar la billetera le exige a Mabel la plata de la caja. Ni corta ni perezosa, ella la cierra de un golpe y queda trabada. Los tipos están varios minutos intentando abrirla, pero al no poder se llevaron la caja. Mientras el que había pedido la Novemina cumplía su papel, los otros tres se encargaron de llevarle todo lo que tenían las empleadas, a Xenia el reloj y la billetera.

Otra vez se vio enredada en un cuento del tío. Con gran rapidez una clienta le pedía un artículo y luego otro y dejaba el primero y agarraba un tercero y volvía para atrás y luego avanzaba con palabras y movimientos. Xenia pensó “esta me quiere robar” y no le perdía pisada. La mujer siguió con su teje y maneje, quería pagar el primero pero decía llevar estos y dejar aquellos y pagar solo los que llevaba... Cuando terminó la catarata de palabras y movimientos de manos se fue. Xenia quedó confundida:

—Mabel, hacé la caja, creo que esta mujer me robó —sí la había robado.

Pero esto no fue todo. Un día Xenia estaba atendiendo el mostrador, levanta la vista y se topa frente a frente con una milica del penal. Las dos quedaron duras, atrapadas en una única mirada, clavados los ojos de una en otra. Las chispas que salieron de los de Xenia quemaron los de la milica que giró con rapidez sobre sus talones y voló. Era la primera vez que la tipa entraba estando Xenia, Mabel la había atendido muchas veces, vivía en Rondeau y Caraballo, pero hasta ese momento no sabía a qué se dedicaba. Nunca más volvió.

El Movimiento por la Tierra había adquirido, con el aporte solidario de distintas compañeras y compañeros que todavía residían en el exterior, y de otros que ya habían vuelto, una chacra en Valizas y había concretado un comodato en otra de Canelón Chico y por último un compañero prestó una en Atlántida. En ellas se instala-

rían quienes estaban dispuestos a desarrollar en territorio el Movimiento. Y las chacras estarían financiadas en parte por los aportes que recibieran del exterior. Alejandro dejó su trabajo y eligió instalarse en la chacra de Canelón Chico, le gustaba el proyecto, pero por sobre todo estaría cerca de sus hijos. Xenia le dio su opinión, le dijo que estaba loco, que en ese inicio él no podría sostener a sus hijos, pero Alejandro estaba convencido. Ninguno de los dos compartía la opinión de otros compañeros que sustentaban que la financiación externa era indispensable, pensaban que las chacras debían crecer a partir del trabajo, aunque muchos de los que se instalaron en las chacras nunca hubiesen vivido en el campo. Pero lo contrario, el financiamiento, no formaba, no forjaba la disciplina indispensable que haría posible una producción sostenible, debilitaba la relación con los productores vecinos, y no iban a proyectar una lucha auténtica por la tierra y tampoco iban a ser ejemplo de nada para nadie.

El cruce de los caminos

Sucedió que a los pocos meses de estar instalado Alejandro tuvo un accidente. Había ido a Montevideo en el Jeep que había en la chacra. Volvía, ya tarde, por Burgues y al cruzar Bulevar Artigas un coche, cuyo chofer vio que cambiaba la luz, no aminoró y se lo llevó puesto. El Jeep volcó y él salió herido. El hombre del otro auto se ofreció a

llevarlo donde quisiera, entonces él pidió que lo alcanzara a la calle Madrid, al local del Movimiento por la Tierra. Un compañero lo llevó al Hospital de Clínicas donde le encontraron múltiples golpes y dos costillas fisuradas, una a punto de pincharle un pulmón. Debía guardar reposo, porque era imposible enyesar. No podía volver así a la chacra. Un día fue a verlo su antiguo patrón a pedirle que volviera a dibujar a su empresa y le ofreció un sueldo muy por encima del laudo. Así que se quedó en Montevideo.

Xenia abría el local del Movimiento por la Tierra a eso de las seis de la tarde, enseguida llegaba Alejandro y se ponían a limpiar y a prepararlo para las actividades de la noche. Así día tras día. Había entre ellos mucha empatía, complicidad, y su relación fue haciéndose cada vez más íntima. La Negra se sentía feliz, como cuando lo veía pasar por la farmacia, y no sabía por qué, le gustaba estar con él, compartir las tareas, se entendían con solo mirarse. Pensó mucho ¿qué le estaba pasando? Constantemente le venía a la cabeza la canción *Un día de domingo*, la tarareaba. Copió la letra y se la aprendió:

*Eu preciso te falar,/ te encontrar de qualquer jeito/ pra
sentar e conversar, depois andar de encontro ao vento./ Eu
preciso respirar/ o mesmo ar que te rodeia,/ e na pele que-
ro ter/ o mesmo sol que te bronzeia,/ eu preciso te tocar/ e
outra vez te ver sorrindo,/ e voltar num sonho lindo/ já não
da mais pra viver/ um sentimento sem sentido,/ eu preciso
descubrir/ a emoção de estar contigo,/ ver o sol amanhecer,/ e
ver a vida acontecer/ como um dia de domingo.*

Faz de conta que ainda é cedo,/ tudo vai ficar por conta da emoção/ faz de conta que ainda é cedo,/ e deixar falar a voz do coração.

Habían pasado casi tres años de la muerte de Raúl, cumplió 50 años... ¿Cuánto más se iba a postergar? La letra de la canción la animó. Una tarde la Negra llegó al local muy decidida, había pensado que en cuanto llegara lo invitaría a ir a la placita y se lo diría. Y así hizo. Poco después, en el 92, se fueron a vivir juntos a su casa en la calle Ejido.

Se desató una tormenta en el ambiente de la militancia más próxima. Algunos consideraban que seguía debiéndole fidelidad a Raúl aunque hubiera muerto ya hacía tres años. Consideraban que debía permanecer viuda y solo viuda el resto de su vida. “¿Pero quién puede decirle a nadie qué hacer con su vida? Raúl tuvo varias compañeras, ¿y yo no puedo tener otro compañero, ahora, cuando él ya no vive? Esto es de locos” –pensó–.

Xenia tenía claro, porque lo había observado a su alrededor, que cuando una pareja se separa y alguno de sus integrantes empieza otra relación, en esta sociedad patriarcal hay una víctima y, generalmente, una victimaria, una bruja, que “le quita” el marido a otra. Aunque parezca mentira, esta flagrante contradicción también se da entre militantes de los años 60 y 70 que pretendieron revolucionar la vida, pero que esta les quedó como materia pendiente de comprensión. Gracias a las nuevas generaciones

feministas el sentimiento de propiedad de las personas y la obsesión por la eternidad del matrimonio se ve severamente cuestionado. Fue testigo, en los años 90, de cómo otras compañeras fueron “excomulgadas”, desterradas de sus grupos familiares y/o militantes –aunque nunca son todos los integrantes, claro– por cambiar de pareja. Situación que siempre se arrastra por años con el consiguiente sufrimiento. En cambio ella, coherente con su gran don de gente, siempre valoró a las personas independientemente de las parejas que tuvieran. Y medió también para que fueran comprendidas y aceptadas. Xenia y Alejandro también sufrieron cierta discriminación en parte de la familia y en parte de la militancia. Quizá haya influido esto para que Xenia confiara siempre en la juventud de las nuevas generaciones.

Lo que sucedió entonces no fue óbice para que a lo largo de su vida siguiera defendiendo las posturas de Sendic y representándolo. En las paredes de su casa se veían fotos de Raúl, también guardaba documentos y materiales suyos. Le pregunté en una oportunidad a Alejandro cómo vivía esta situación y riéndose me dijo con humor: “esto es como un *menage à- trois*”.

Geny que venía de Francia todos los años para visitar a su madre y a sus hermanas, alguna vez lo hizo con Carolina también, y la Negra supo aprovechar con ellas hermosos momentos, algunos de confidencias, otros de cantos y sonrisas.

Un respiro

Alejandro, y Xenia también, eran conscientes de que no se podía vivir todo el tiempo en un estrés. Así que empezaron a aprovechar los fines de semana, los feriados y las vacaciones para viajar. Xenia conocía muy poco de Uruguay así que arrancaron recorriendo todo el litoral acampando en distintos lugares. Otras veces fueron hacia el noreste conociendo Treinta y Tres, La Charqueada, Laguna Merín, India Muerte, y bajando hacia el sur Cebollatí, Lascano y Castillo, siempre con su equipo de camping a cuestas.

En otra oportunidad recibieron en Ejido a diez franceses que venían con Alberto y Anne Marie, todos familiares. Hubo que conseguir camas, ropa de cama, platos, cubiertos y todo lo necesario. Anne Marie organizó actividades para cada cual según sus intereses. La casa se transformó, como dijo Xenia, en una romería. Fue muy divertida aquella visita. Anne Marie apoyaba al Movimiento por la Tierra y más adelante, en el año 2000 promovió La Fundación Chamangá para apoyar con becas el desarrollo vocacional de jóvenes uruguayos con dificultades para terminar sus estudios.

Varios motivos generan crisis en el Movimiento por la Tierra. Los proyectos funcionaban en forma independiente uno de otro, pero se reunían en asamblea de de-

legados para establecer la línea de acción general, y una dirección de pocos compañeros coordinaba entre asambleas. Xenia y Alejandro fueron una vez al Parlamento a hablar con José Mujica por motivos del Movimiento. En ese momento estaba con él Aramir Silva, un productor vitivinícola que reclamaba por la crisis del sector. Mujica aprovechó y le dijo “esta gente lo va a apoyar” y los presentó pidiéndoles que le dieran una mano en las movilizaciones que pretendía desarrollar el hombre. Y así hicieron durante muchos meses.

Todos los proyectos tenían dificultades pero un hecho, que no tenía que ver específicamente con el Movimiento vino a desestabilizarlo. Si bien el Movimiento por la Tierra era independiente del MLN-T, había integrantes que tenían una doble militancia en ambas organizaciones. Uno de ellos era Ronald Scarzella, quien el 23 de abril de 1993 apareció asesinado, con las manos atadas y un buzo en la cabeza en una playa de Rocha. Nunca se esclareció. Pero los militantes siempre creyeron que fueron los milicos quienes lo mataron. En esa misma época empezaron a amenazar a Xenia. La noche del 15 de abril, como a las siete, hora en que volvía del trabajo, Alejandro vio a un tipo agachado en la pared del frente de su casa, tenía una bolsa y vio cómo guardaba algo y salía caminando muy rápido, le llamó la atención. Cuando llegó, en pintura fresca en grandes letras mayúsculas leyó: “Hija de puta. Traidora. Peyona. Yegua”. “Yegua Puta”. Adentro, Xenia conversaba

con compañeras del Fusna. No se habían dado cuenta de nada. Ya había recibido amenazas de muerte por teléfono, tanto en la farmacia como en el Movimiento. Algunas veces las llamadas las recibían otras personas que atendían el teléfono, siempre dirigidas a ella con un “Negra, te vamos a matar, yegua traidora”. Así que al otro día hizo una denuncia en el Juzgado Letrado de Primera Instancia en lo Penal de 4to. Turno.

Más allá de las razones específicas el Movimiento por la Tierra empezó a declinar. Debieron devolver el local y ya no pudieron alquilar otro, siguió un tiempo más reuniéndose en distintos lugares, pero ya no se levantó. La época no ayudaba en nada. No menos importante es el hecho que la mayoría militante de izquierda del país empezó a ver la posibilidad del triunfo nacional del Frente Amplio y el encauce de sus reivindicaciones a través de políticas estatales. El FA ya gobernaba la Intendencia de Montevideo y demostraba que era capaz de realizar cambios populares en la ciudad. Pero, a su vez, aparece una contradicción: la organización que exigía el municipio absorbió a la mayoría de los referentes de los distintos partidos de la izquierda para realizar su función política y burocrática, descabezando y desarmando las organizaciones de base. No solo la Intendencia “descabezó” al movimiento popular, también chupó sus cuadros la proliferación de organizaciones no gubernamentales que, tras aparente interés social, se convirtieron en organismos de

intermediación financiera de fundaciones europeas y estadounidenses, que determinaban los objetivos y destinos del dinero.

Xenia sigue en la calle

Casi dos décadas antes había muerto en España el dictador Francisco Franco. Él mismo nombró a su sucesor, el rey Juan Carlos I. Tres años después se pone a votación una Constitución que fue rechazada por los vascos, por su carácter continuista, por la resucitada monarquía, por no recoger el derecho a la autodeterminación de los pueblos. La resistencia al franquismo que había liderado ETA, se renueva. La represión es feroz lo que promueve el exilio de más de dos millares de militantes vascos que se radican en Francia y en distintos países latinoamericanos, entre ellos Uruguay. Juan Andrés Ramírez, el ministro del Interior de entonces, dispone en 1992 la vigilancia de los residentes en nuestro país. La policía española viajaba a los distintos países para presionar y llevarse de vuelta a los requeridos. Los vascos vivieron un tiempo en nuestro país, pero España solicitó la extradición y bajo el gobierno de Lacalle Herrera, la Suprema Corte de Justicia la concedió sin dar lugar a la tradición de asilo de la que nuestro país se enorgullecía. Pero no solo se desconoció nuestro antecedente, generado tras la guerra civil de 1936-39 que abolió la República española, el gobierno del Partido Na-

cional desconoció las multitudinarias manifestaciones en defensa del asilo para los vascos que se expresaron durante todo el invierno. Dirigentes del Frente Amplio y del Pit-Cnt convocan a una manifestación para el 24 de agosto frente al Hospital Filtro, donde se encontraban en malas condiciones tres presuntos etarras que habían iniciado una huelga de hambre dos semanas antes con intención de detener la extradición. CX44 Panamericana cumplió un papel preponderante en la convocatoria a los militantes. Xenia y Alejandro estuvieron yendo varios días a la vigilia popular establecida en el Filtro, y esa tarde pasó por su casa, se juntó con Alejandro primero, después con Nelsa y Walter el “Colorado” Guimaraens y fueron al hospital. Podía pasar cualquier cosa, el ambiente estaba muy caldeado y al anochecer apareció la represión. Balazos, corridas en distintas direcciones, jóvenes que respondían con piedras. Los camiones “guanacos” echaban chorros potentes de agua volteando manifestantes. Las fuerzas de choque lanzaban gases, no se podía respirar. Después supieron que el Colorado había recibido duros golpes de milicos a caballo que le produjeron moretones y derrames enormes.

El final fue desastroso: dos jóvenes muertos –Fernando Morroni y Roberto Facal– cientos de heridos, algunos gravísimos, y tres vascos expulsados del país. El gobierno, además, clausuró definitivamente CX44 perdiéndose la emisora de mayor alcance popular.

¿Dónde vivir?

La Negra dejó de trabajar en la farmacia, querían hacer planes nuevos, buscar un buen lugar para vivir, querían barajar todas las posibilidades, ¿en el exterior?, ¿en el interior? Debían moverse.

En marzo del 95 Alejandro y Xenia viajaron a México. Pararon en la casa de una amiga argentina, hermana de un compañero asesinado. Después cruzaron a Cuba, Xenia ya la conocía y pudo enseñarle a Alejandro la hermosa isla donde en algún momento pensaron irse a vivir.

Xenia y Alejandro fueron a Francia, no solo a visitar a Geny, también invitados por Anne Marie y Alberto. Recorrieron no solo el país, conocieron Ardèche en Francia, fueron a la montaña suiza donde Anne Marie tenía una casa. Hasta 2005 fueron tres veces a Europa y cultivaron amistades para toda la vida. Alberto y Anne Marie querían que Xenia y Alejandro fueran a radicarse en Francia. Lo pensarían.

Un sueño personal a cumplir

Entendieron que de alguna forma ellos tenían que demostrar que la idea de Raúl de poblar el campo y desde ahí hacer un trabajo social, era posible. Contaban con

que Xenia había nacido y se había criado en el interior del país, y con que Alejandro había criado a sus hijos en el campo. Se tenían fe.

Elis Regina la visitó de nuevo (...) *Eu quero uma casa no campo onde possa plantar meus amigos, meus discos e livros y nada mais!*

Empezaron a prepararse, hicieron un curso que daba la escuela de tecnología apícola Artigas Deurado. Un compañero, Ismael “Falucho” Bassini, les vendió 30 colmenas que pusieron provisoriamente en un campo del patrón de Alejandro en el cruce de las rutas 8 y 11. Pusieron otras en la chacra de Victoriano y algunas más en “La Chaqueña” propiedad de un argentino conocido.

Nacho Casares, que por ese entonces ya tenía 20 años y estudiaba agronomía, se había interesado por la producción de las abejas, tenía materiales y les prestó un extractor de miel.

El sueldo de Alejandro siguió siendo muy bueno y les permitía ahorrar, cuestión que hicieron durante seis años, para comprar unas hectáreas. Barajaron varias zonas. Al principio pensaron cerca de Piriápolis, donde también pudieran aprovechar la playa. También conocían la zona de San Jacinto porque Victoriano y Elita tenían una chacra por Ruta 7. Desde el tambo “5 Cencerros” donde tenían las colmenas iban por Ruta 11 a visitarlos. Alejandro recuerda que allá por el 98, en uno de esos viajes Xenia vio un cartelito de venta muy chiquito, se detuvieron,

anotaron el teléfono y siguieron hacia la chacra donde Elita los esperaba para comer. Después de varias llamadas al número que figuraba en el cartelito lograron dar con el dueño, Benigno Alonso, un panadero de la zona que les mostró la chacra. Eran catorce hectáreas, divididas en tres padrones, uno era el que tenía la casa, hacia el oeste, otro más pequeño, separado por un camino de servidumbre donde estaba construido un galpón, y un poco más allá otras tres hectáreas, en total sumaban catorce. Pudieron comprarlas. Había que hacer baño y cocina nuevos, arreglar paredes, cerrar espacios y otros cuantos trabajos. Inauguraron el nuevo siglo viviendo en Ruta 11 frente al mojón 143 donde colocaron el cartel con la leyenda “El Arca”. Con ese nombre estaba todo dicho.

Había que arremangarse, arreglar la casa y planear la producción. Ya estaban sacando 25 kilos de miel por colmena y tenían unas 70. Lo primero que pensó Alejandro fue en una vaca. “¿Una vaca?”, –se sorprendió la Negra–. Alejandro había tenido la experiencia, durante la dictadura habiendo perdido el trabajo pudo mantener a sus tres hijos con lo que le dio una vaca, así que sería un buen comienzo.

Alejandro tenía una vieja Chevrolet C10, que le estaba dando dolores de cabeza, debía hacerle un buen mantenimiento, pero como todavía tenía que pagar algunas cuotas al dueño anterior de la chacra no podía distraer el dinero en la camioneta. A Xenia se le ocurrió que podían

venderle aquellas últimas tres hectáreas a Nelsa y el Colorado, que además, si ellos estaban de acuerdo, se darían un apoyo mutuo. El negocio fructificó ellos quedaron vecinos y la camioneta arreglada.

Lo primero fue sacar la chirca que cubría todo el terreno, luego hicieron una pradera para que la vaca tuviera una buena alimentación y pudieran tener suficiente leche para procesarla. El patrón de Alejandro les regaló una ternera Kiwi, cruza de Holando con Jersey, con las virtudes de las dos razas. Adquirieron un torito y llegaron a tener seis vacas que Alejandro ordeñaba cada madrugada. Así que lograron producir.

Hicieron un gallinero grande para que las aves caminaran y no solo comieran ración sino también pasto. Hicieron una huerta de unos 300 metros cuadrados que trabajaba Alejandro, y en cuanto empezó a dar sus frutos Xenia empezó a hacer conservas de tomate y morrones, boniatos y frutas de estación en almíbar, revolvía durante horas la leche con azúcar hasta sacar un exquisito dulce. También yogur y crema salían de la elaboración de la Negra.

Querían plantar árboles autóctonos –arazás, guayabos, molles, cina cina, espinillos, talas, pitangas–. Amigas y amigos que iban a conocer el lugar les llevaban nuevas plantas, muchas exóticas, que plantaban también. Convertirían aquel lugar en un parque para que pudieran disfrutarlo quienes fueran. Querían, sobre todas las cosas, a

partir de ese campo pelado, devolver a la tierra una naturaleza mejor de la que ellos habían encontrado cuando se mudaron. Se sintieron privilegiados.

La crisis de 2002 les pegó fuerte. La empresa donde trabajaba Alejandro debía reciclarse tecnológicamente, la industria metalúrgica, como tantas otras debía pasar del trabajo manual al digital, pero en el contexto que atravesaba el país, los precios eran inalcanzables. Así que al año siguiente Alejandro perdió el trabajo.

A todo esto sucedió que en el tambo donde tenían colmenas una vaca entró en el terreno donde estaban las colmenas y las abejas perdieron su rutina, se volvieron salvajes. Mientras Xenia intentaba recuperar miel, no se había cubierto suficientemente bien y una abeja la picó. La reacción alérgica fue tremenda y no pudo trabajar más aunque Alejandro siguió hasta cuando se le hizo cuesta arriba trabajar solo.

El temporal del 23 de agosto de 2005 dejó un destrozo en la chacra y debieron vender las vacas. Además el tambo, para quienes ordeñan a mano y tienen pocas vacas, es esclavizante: todos los días del año, de lunes a lunes hay que levantarse a la madrugada a ordeñar. Y ellos ya tenían muchas actividades que les insumían bastante tiempo.

La chacra empezó a dar sus frutos, así que decidieron vender en Montevideo. Todos los jueves la Negra llamaba por teléfono a una larga lista de conocidos, compañeras, amigos y amigas de amigos ofreciéndoles los productos:

pollos, huevos, conejos, miel, dulces, yogur, hortalizas. Armaban canastas para cada cual y el viernes salían de reparto. El gasto de combustible que producía el reparto les suministraba apenas un empate, aunque nunca se endeudaron. Respiraron cuando en 2006, Xenia ya tenía 65 años, cobró la Pensión Especial Reparatoria y pudieron dejar la distribución de sus productos que tan poco les aportaba.

Ya por cumplir los 70 fue a Bella Unión, se conmemoraba el 50 aniversario del liceo, y la directora la invitó personalmente. Fue una experiencia hermosa para ella, la abrazaban grandes y chicos, los mayores se acordaban que fue la reina del Carnaval, que trabajaba en la radio. Recibió un baño de afectó que nunca olvidó.

En 2011 volvió a ir para otra conmemoración la de los 50 años de la fundación de UTAA. Otra experiencia inolvidable. La recibieron, junto a mucha gente que viajó de Montevideo y de otros departamentos, el presidente de UTAA, Jorge Rodas, el vicepresidente Juan Santana y muchos otros peludos y sus familias. Las actividades fueron múltiples, primero en el barrio Las Piedras se inauguró el nuevo local de UTAA, en la plaza de las Misiones hubo juego con niñas y niños, actividades en la chacra 15 de Enero (ocupada en 2006) donde se visitaron extensos cultivos y se presentó el trabajo que estaban realizando los trabajadores de Greenfrozen en el Centro de Formación junto a estudiantes de Extensión Universitaria, también se

hizo un acto en la plaza en Ruta 3 donde se erige un busto a Raúl Sendic donde se reivindicó al histórico dirigente y se denunció la situación incambiada de los detenidos desaparecidos –la mayoría integrantes del sindicato–, todo Bella Unión estaba movilizada. En el acto Xenia escuchó a dirigentes históricos como Nelson Santana, Colacho Esteves, Washington Rodríguez Belletti reclamar al Instituto Nacional de Colonización para que profundizara la entrega de tierra a los asalariados rurales, escuchó cómo, a más de un siglo de la ley de 8 horas, aún no se había reglamentado en el campo; se solidarizó con el productor Ney Thedy a quien injustamente le quitaron la tierra. También se visitó la planta de Alur. La Negra volvió a encontrarse con Charito y charlaron mucho entre actividad y actividad. Le encantó encontrarse con ese su pueblo tan alegre y tan movilizado, y encontrarse nuevamente con su hermana Carmen y con sus amigas de la juventud.

Un tiempo de paz

Los años que siguieron no cambiaron su rutina, el trabajo en la huerta y en el jardín, la elaboración de conservas, el tejido, las tareas sociales en la zona, la familia, su madre. Y sobre todo su casa siempre abierta. Le gustaba repetir el poema de Marcos Ana, “...Mi casa y mi corazón nunca cerrados: que pasen los pájaros, los amigos, el sol y el aire”. Íntimos encuentros con las compañeras del Fus-

na y de Punta Rieles, tertulias familiares, reuniones con compañeros de distintos ámbitos, todos tenían lugar en El Arca.

Martiniana, la madre de Xenia, que había vivido más de treinta años en la casita de la calle Fray Bentos se mudó a un apartamento en la calle Reconquista, con vista al mar. Un cambio extraordinario que le hizo felices los últimos años de su vida. Aunque vivía con Alba, la Negra pasaba muchas horas con ella hasta cuando, a punto de cumplir cien años, murió en 2016. Ese año también fue duro, porque en la Nochebuena también murió Carmen, la melliza de Alba.

Por ese entonces Xenia, empezó a sufrir problemas respiratorios, tuvo que internarse para superar una crisis. La superó, pero el diagnóstico no fue bueno, tenía una fibrosis pulmonar. No había vuelta atrás. Algún invierno demasiado frío y húmedo debió permanecer en Montevideo porque en el interior rural no existe la atención domiciliaria. Con el tiempo debió agregar a su tratamiento una mochila de oxígeno. Por suerte un compañero que ejerce la neumología en el exterior, “Iasha” Snazjder, le consiguió una mochila que aportaba una autonomía de seis horas a cambio de la hora y media de la anterior, cuestión que mejoró mucho su calidad de vida pudiendo moverse con más tranquilidad y por más tiempo de lo que habitualmente se logra con las que hay en el país. Ella le agradeció cantando parte de una estrofa de una vieja canción bra-

sileña, Iasha, que sabía del estado de su enfermedad no podía creer que pudiera cantar. Ella no podía cantar, pero cantaba.

El último año de pandemia de Covid, con la ayuda de Henry Engler, alquilaron un apartamento en Montevideo para obtener una atención médica regular. El sol entraba de lleno en esa calle de casas bajas del barrio La Mondiola y ella lo disfrutaba. Cuando se terminó el contrato pasaron a otro apartamento en el Centro, que ya les había prestado Anne Marie en otra oportunidad.

Xenia soñaba con poder volver, aunque sea un fin de semana, decía, a la chacra. Alejandro miraba el estado del tiempo, pero el invierno se hizo largo. Llegó la primavera y su situación empeoraba así que el sueño de volver se fue postergando. Con Mabel, Josefina, Cristina y alguna otra compañera nos alternábamos para acompañarla cuando Alejandro salía a dar vueltas imprescindibles. Llegó el verano y un día antes de terminar el año cumplió 80. Una mañana a fines de enero fui a quedarme con ella, me senté muy pegada a su cuerpo cálido y amigo y le dije en voz baja: “¿te acordás cómo cantabas para el calabozo?” Quedó callada unos segundos y sin mediar comentario la sentí balbucear: *Manhã, tão bonita manhã/ Na vida, uma nova canção/ Cantando só teus olhos/ Teu riso, tuas mãos/ Pois há de haver um dia/ Em que virás...*

Días después, ya era 7 de febrero y llegaba el Carnaval, pero ella no pudo alcanzarlo.



Xenia reina del Carnaval.



En 1968 con 26 años.



Cantante en orquesta popular de Bella Unión.



Xenia y Jorge Ramada caen prisioneros junto a Raúl Sendic, 1972.



En el momento de ser liberada el 10 de marzo de 1985.



En la Plaza Libertad (o de Cagancha) festeja el pueblo junto a varias expresas la liberación, entre ellas de izquierda a derecha: María Elia Topolansky, Ivonne Trías, Stella Saravia, Chela Fontora y Xenia, el 10 de marzo de 1985.



Xenia, Alberto, Carolina y Raúl Sendic en Gante, Bélgica, 1986.



Con la dirigente textil Jorgelina Martínez en CX44, 1987.



En CX44 Radio Panamericana, 1987.



En la casa de Ejido 888, todavía se ve la pintada en que la insultaban, 1993.



Alberto Sendic, Alejandro y Xenia en la Costa Azul francesa, 1993.



ConAlejandro en México, 1995.



Haciendo el jardín.



Apicultora, 1998.



Planta un naranjo, 2000.



En movilización de agricultores, 2002.



Taller sobre agricultura orgánica en El Arca.



50 Aniversario de UTAA en la chacra 15 de Enero en Bella Unión.



El frente de la chacra de Xenia y Alejandro.

Un corto viaje por la larga vida de Xenia Itté (1941-2022) nos invita a conocer parte del camino de una mujer del interior de Uruguay en la segunda mitad del convulsionado siglo XX.

Una juventud expansiva, típica de la frontera con Brasil, el descubrimiento de otra realidad muy distinta y su compromiso. La integración al MLN Tupamaros, la relación con Raúl Sendic, los riesgos, la caída, la cárcel, la libertad, la muerte de Raúl. Y una vida nueva llena de proyectos junto a su compañero Alejandro Castro con quien vivió por treinta años.

Este testimonio, estos testimonios, sacan a la protagonista del clásico y errado concepto “detrás de cada gran hombre hay una gran mujer” para colocarla a la par.

Una mujer llena de vida que transmite serenidad, armonía, capaz de cambiar terribles momentos por una sonrisa, capaz de amalgamar un colectivo, no con ideas fabulosas sino con las pequeñas y sencillas cosas de la vida: una canción, una flor, una sonrisa. Siempre rodeada de amigas y amigos, viejos y jóvenes. Una mujer que demuestra que se puede llegar lejos siendo parte de la gente.



ISBN: 978-9915-41-546-8



9 789915 415468